

Al Sr. D. C. de Zamora y Pezón,

atentamente, el autor.

850-2(866) PROÑO

P 962c

BIBLIOTECA EDITORIAL "DIOS Y PATRIA"

Riobamba—Ecuador

Sección Literaria—Volumen VI.

CONDORAZO

Drama Prehistórico Ecuatoriano

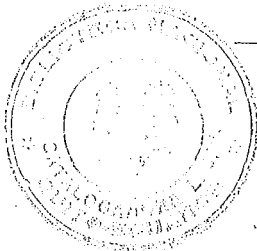
En Cinco Actos y en Prosa

POR

EL RVMO. SR. DR. D. JUAN FELIX PROÑO

DEAN DE RIOBAMBA Y

Socio Correspondiente de la Academia Nacional de Historia



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	7548 AÑO 1991
PRECIO	DONACION

RIOBAMBA

M.CM.XXV

0002983 - J.

Tip. y Encuad. de la "Prensa Católica"

Otra Pieza dramática del mismo Autor:

QUIZQUIZ

o Desastre de una Raza. — Tragedia incaica en cinco actos, calificada con MENCIÓN ESPECIAL HONORÍFICA en el Concurso dramático internacional, celebrado en Colombia, en la fiesta del primer Centenario de la batalla de Boyacá, el 7 de Agosto de 1919. — Ecuador—Riobamba. — Imp. de «El Observador.»

He aquí algunos juicios de esta obra:

«La tesonera labor del Dr. Juan Félix Proaño, deán de la Catedral de Riobamba, se recomienda por el intenso amor patrio y su adhesión a las afirmaciones de su conterráneo el P. Velasco. Se ha trasfundido a la literatura el ardor patriótico del Sr. Proaño por las antigüedades de Quito: su drama *Quizquiz*, que ha encontrado un ambiente de simpatía, es capítulo de historia, de ambiente y color antiguos, muy recomendable.»

(*Dr. Remigio Crespo Toral.*)

En la mención honorífica que el Jurado discierne al drama *Quizquiz*, se expresa lo siguiente:—«En caso de ser representado este trabajo en escenarios que cuenten con todo el aparato que él requiere, sería espectáculo de sensación por lo grandilocuente de su desarrollo y los efectos de diverso linaje que necesariamente tiene que producir.»

La Revista «España y América», de Madrid, del 15 de Octubre de 1920, pág. 138, dice así:

«El asunto es digno de la tragedia y también de la epopeya: la ruina más que de un imperio, de una civilización muchas veces secular y de una raza. La obra escrita en castellano, es sin duda de gran mérito artístico. . . . «El amor y la religión serán los dos lazos que unirán en adelante a las dos razas. ¡Esto es rehabilitación del indio y unión iberoamericana! Muy bien, señor Deán de Riobamba. La finalidad y los medios valen más que una epopeya perfecta. . . . *Quizquiz* merece discutirse como obra de arte en la que

BIBLIOTECA NACIONAL

R. 52 — SN

a. 3 - E 1

Quito-Ecuador



Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Félix Proaño
Deán de Riobamba

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE HISTORIA Y REDACTOR DE «DIOS Y PATRIA»

CONDORAZO

Drama Prehistórico Ecuatoriano
en cinco actos y en prosa

PERSONAJES:

EL SHIRI, Rey de Quito.
TOA, Princesa hija del Shiri.
CHUMBO, pariente del Shiri y de Toa.
CHIMPO, General quiteño.
NINA Y ZAPA, camareras de Toa.
CURACAS.—Caranqui.
Otavalo.
Tacunga.
Píntag.
CONDORAZO, Rey de Puruhá.
DUCHICELA, hijo de Condorazo.
CURACAS.—Licán.
Guano.
Huacona.
Mocha.
Pansaleo.
JIBAROS.—Tiquirumbi.
Tungura.
Bobonaza.
Runtu.

EMBAJADORES, pajes, soldados, adivinos, pueblo.



ACTO PRIMERO

La piel de jaguar

(En la selva del Antizana. Un sitio ameno, rodeado de lianas y palmeras. Bancos rústicos de césped y madera formando anfiteatro. Un asiento más alto, como trono, adornado con flores silvestres y un sitial de hojas de palma. Una cabaña como rancho, medio oculta en el fondo).

ESCENA 1ª

CARANQUI.—OTAVALO. *(De pie los dos).*

CARANQUI.—Tarda ya mucho en llegar el gran Shiri, nuestro soberano; la cacería dispuesta para hoy debe comenzar demañana.

OTAVALO.—En verdad: el sol ya se levanta sobre la selva del Antisana; Caran-Shiri no llega; los monteros levantarán luego la caza de jaguares.

CARANQUI.—¿Algún contratiempo imprevisto....?

OTAVALO.—Puede ser: la princesa Toa, hija única del gran Shiri, se ha puesto delicada de salud en estos días, y un tanto esquiva.

CARANQUI.—Si serán nervios! o caprichos de mujer! Como es tan mimada por el Shiri su padre.

OTAVALO.—Y muy altiva: pretende que se haga su voluntad en todo; no puede sufrir una contradicción, venga de donde viniere.

CARANQUI.—Hija única del rey de Quito!...de la sangre de los Shiris de Carán!...algún orgullo había de tener esa princesa, mi parienta.

OTAVALO.—Puesto que tarda en llegar el rey, tomemos asiento en este banco de madera: deseo oír tu opinión, oh noble Caranqui, sobre un asunto muy arduo que tiene preocupada actualmente a la Corte.

CARANQUI.—Muy bien: hablemos en plena confianza, respetable Otavalo; nadie nos escucha.

OTAVALO.—Ya sabes que el gran Shiri trata de casar a su hija Toa con Chumbo, pariente cercano del rey, por conservar la sangre de los Shiris de Carán, que está al extinguirse.

CARANQUI.—Conozco ese asunto, que ha llegado a ser un embrollo en la Corte; y sé también que Toa protesta contra ese enlace y que detesta a Chumbo. ¿Qué te parece, Otavalo?

OTAVALO.—Si me lo permites, hablaré con franqueza: digo que Toa tiene razón.

CARANQUI.—Explicáte.

OTAVALO.—Toa, joven princesa, hermosa como no hay otra, hija del gran Shiri, de gran carácter, llena de ambición, no quiere ni oír el nombre de Chumbo para esposo.

CARANQUI.—Y ¿por qué ese capricho mujeril?

OTAVALO.—Porque Chumbo es feo como un alacrán, y calavera como hay pocos; en una palabra, antipático.

CARANQUI.—Pero, si es nobilísimo, de la estirpe de los Carán Shiris.

OTAVALO.—No importa: Toa dice y repite, que si algún día se casa, será con un joven apuesto, valiente, diestro para la caza y para la guerra.

CARANQUI.—Y el Shiri ¿qué dice a esto?

OTAVALO.—Sospecho que el rey ha ordenado esta cacería, con el designio de explorar el ánimo y la última resolución de Toa, quien asistirá hoy a la batida. Vendrá también Chumbo a realizar alguna proeza, a fin de congradarse con Toa.

CARANQUI.—Por manera que hoy se aclara un enigma.

OTAVALO.—Pobre Chumbo, lo compadezco!... Qué chasco el que se va a llevar! Toa es terrible en sus resoluciones.

CARANQUI.—Hablabamos después: alguien llega.

OTAVALO.—(*Bajando la voz*). Una palabra más: Toa está resuelta a hacerse morder el brazo con una víbora coral, si se la insta a casarse con Chumbo.

CARANQUI.—¿Es posible? ¡qué horror!...

ESCENA 2ª

CARANQUI.—OTAVALO.—UN MONTERO.

MONTERO.—(*Haciendo una venia*). Salud, respetables Curacas, Ministros del gran Carán-Shiri. (*Se oyen toques de caracoles en la selva*).

CARANQUI.—Y ¿qué hay de nuevo?

MONTERO.—Vengo a recibir órdenes del rey nuestro soberano; pues los monteros se ocupan actualmente en levantar la caza de jaguares; suenan ya los caracoles.

OTAVALO.—No sabemos por qué tarda el soberano.

CARANQUI.—Si se nos escapará esta vez aquel jaguar corpulento y cebado; terror de la comarca, que perseguimos inútilmente el otro día?

MONTERO.—Señor, no sé la que ha sucedido. Aquel terrible jaguar lo hemos encontrado muerto y desollado: el cazador se llevó la piel.

CARANQUI.—Y ¿quién es el que se ha atrevido a cazar jaguares en esta selva del Antisana, sin permiso del rey?

OTAVALO.—Merece un castigo! ¿Se sabe quién es el intruso?

MONTERO.—En estos días se han visto dos mozos jíbaros que trajinaban por la selva.

CARANQUI.—Ordena a los pajes y monteros del rey que los traigan presos aquí, si fuesen encontrados. (*Suenan caracoles, que anuncian la llegada del rey*).

MONTERO.—He aquí que el rey llega con su comitiva.

CARANQUI.—¡A recibir al soberano! (*Se adelantan los Curacas a recibir al rey, quien viene acompañado de Toa y de Chumbo, de pajes y camareras*).

OTAVALO.—Montero, apresúrate a avisar a los demás, que vengan estrechando el círculo, que pongan paradas y que levanten la caza, porque el rey quiere disparar un venablo con sus propias manos y coger un jaguar.

MONTERO.—Está bien, noble señor, voy al punto.

ESCENA 3ª

EL SHIRI.—TOA.—CARANQUI.—OTAVALO.—CHUMBO.

DOS CAMARERAS.—PERSONAS MUDAS.

(*Los dos Curacas besan la mano y los pies al rey y le hacen tomar asiento en el trono de flores campestres. Toa toma asiento a los pies del rey, en un banco de gramí. Chumbo se apresura solícito a extender una manta en el asiento de Toa, quien rehúsa el obsequio con desden. Las camareras, a los pies de Toa*).

CURACAS.—Seáis bien venido, Shiri inmortal; os esperábamos con ansia.

REY.—¿Se ha levantado ya la caza?

CARANQUI.—Aquí tenéis, Señor, un fuerte venablo, para vuestra Majestad.

REY.—(*Examinándolo*). No se me escapará el jaguar.

OTAVALO.—Nosotros también llevamos nuestros arcos y flechas.

CHUMBO.—(*Con voz melosa y ademanes afectados*). Yo también cazaré un jaguar, para obsequiarlo a la princesa Toa, mi parienta y la amada de mi corazón.

REY.—El día está oscuro; ¿habrá tempestad?

CHUMBO.—Estando presente la estrella Toa, no habrá oscuridad en la selva del Antisana.

OTAVALO.—¡Muy bien! Está decididor Chumbo.

CHUMBO.—Majestad, antes de partir, permitid que vuestro vasallo y pariente ofrezca un vaso de licor confortativo a la comitiva.

REY.—Hazlo luego, pues tenemos que marchar a batir la caza. (*Las camareras sirven vasos de chontaruru. Acepta el rey, Toa rechaza el vaso que le ofrece Chumbo, por hallarse indispuesta de salud*). ¿Tomarás esta bebida agradable de chontaruru?

TOA.—Perdona, Señor, que estoy algo delicada desde hace muchos días.

(*Caranqui y Otavalo se dirigen una mirada significativa*).

ESCENA 4ª

LOS ANTEDICHOS.—DOS MOZOS CAZADORES.

(*Llegan dos mozos jíbaros que han sido apresados. El uno lleva una piel de jaguar sobre las espaldas. Besan la mano del rey, sin doblar la rodilla*).

REY.—¿Quiénes sois y de dónde venís, robustos mozos...? ¿Vuestros nombres?

(*Los dos mozos, erguidos, acariciando sus largas cabelleras, con desenfado*).

TIQUIRUMBI.—Yo, gran Señor de Quito, me llamo Tiquirumbi, hijo mayor del gran Agoyán, Unda-capito de todas las tribus jíbaras del Pastaza.

TUNGURA.—Yo me llamo Tungura, hermano menor de Tiquirumbi.

REY.—Y ¿qué os ha movido a penetrar en la selva del Antisana sin mi permiso?

TIQUIRUMBI.—Ibamos de viaje, oh gran Señor, y nos extraviamos en la selva. Nos atacó un jaguar terrible, y tuvimos que defender nuestras vidas matándolo: esta es la piel.

REY.—Disculpa tenéis, pero es menester averiguar vuestra procedencia. ¿Seréis talvez espías de mis dominios?

TIQUIRUMBI.—El jíbaro no espía de esta manera, entregándose.

CARANQUI.—Deben quedar presos aquí, mientras volváis, Señor, de la cacería. Los jíbaros no hacen liga con los Caras y se manifiestan siempre huraños, separados del reino de Quito, siempre bárbaros.

OTAVALO.—Sí, que queden presos; es precaución, en tratándose de jíbaros.

CARANQUI.—Que los amarren por ahí cerca, a dos árboles.
(Los pajes se los llevan a los dos mozos, que se muestran serenos. Toa los observa con mucha atención).

TOA.—Pero que les sirvan algo de comer: pobres jóvenes *(aparte)*, y qué simpáticos!

REY.—Ea! todos marchemos a la cacería.

TOA.—Permite, Señor, que yo me quede en esta cabaña, con mis dos camareras, Nina y Zapa.

REY.—*(Contrariado)*. Pero, princesa Toa, hija mía: todo nos faltará al no estar tú presente.

TOA.—Lo siento, padre; mas tú no querrás que me agrave en esta selva.

REY.—Bien, vámonos: te traeremos un hermoso jaguar.

CHUMBO.—*(Con voz melosa y ademán afectado)*. Yo, yo traeré para Toa el jaguar. *(Toa sin prestarle atención se encamina a la cabaña)*.

CARANQUI.—A ver: dos guardianes, que se queden custodiando a los presos. *(Dos pajes con lanzas se retiran a custodiar a los jíbaros)*.

OTAVALO.—Marchemos. ¡Viva el rey! . . .

TODOS.—Vivaaaa! *(Los caracoles marchan adelante, sonando)*

ESCENA 5ª

NINA Y ZAPA *(camareras que se han quedado fuera de la cabaña)*

NINA.—*(Con ademán de sorpresa)*.—¿Qué es lo que le pasa a la princesa, que la veo tan nerviosa?

ZAPA.—La situación es grave, mi querida Nina. *(Sacando del seno una caña de tunda.)*

NINA.—Expílicate, Zapa; ¿por qué llevas esa caña en el seno?

ZAPA.—Ya sabes que yo soy hechicera y que gozo de la confianza de Toa.

NINA.—Y qué?

ZAPA.—Me ordenó la princesa que le trajera una víbora coral encerrada en esta tunda.

NINA.—Y ¿sabes qué es lo que se propone?

ZAPA.—Pensé yo que Toa trataba de vengarse de Chumbo por los agravios que de él ha recibido; mas he llegado a sospechar que es ella quien trata de envenenarse.

NINA.—(*Alarmada*).—Y ¿por qué? No me des tan terrible noticia. Yo amo demasiado a mi princesita, pues fué su ama de leche; la quiero como si fuese hija mía.

ZAPA.—Porque no quiere casarse con Chumbo; porque lo detesta, y ha jurado que prefiere la muerte.

NINA.—No, no, jamás: yo no lo consentiré. Esconde esa caña en alguna parte o arrójala al torrente. No, no, no, esto es horrible!

ESCENA 6ª

TOA.—*Las dos camareras*

TOA.—(*Sale agitada de la cabaña y vuelve a tomar asiento en el banco de grama*).—Zapa, tráeme esa caña.

NINA.—(*Arrojándose a los pies de Toa*).—No! por los manes de los Carán—Shiris, tus abuelos!

ZAPA.—Juro por Iguanchi, que no te la daré, oh amada princesa!

TOA.—¿No me obedeces? (*Persiguiendo a Zapa, que da vueltas huyendo dentro del proscenio*).

ZAPA.—No te obedezco.

NINA.—(*Abrazándola por detrás*).—No lo consentiremos.

TOA.—Trácame esa caña.

ZAPA.—No puedo obedecerte en esto.

NINA.—Cálmate, princesita mía, toma asiento. Escucha el ruego de tu madre de leche. (*La sienta en el banco*.)

TOA.—(*Algo calmada— a Zapa*) Guarda esa caña en mi lecho y vuelve: quiero abriros a las dos mi corazón. (*Zapa váse a la cabaña y vuelve en seguida*).

ZAPA.—(*Poniéndose delante de Toa*).—Háblanos con confianza, oh hija de los Shiris; que guardaremos tu secreto.

TOA.—Siéntome herida en mi amor propio, y hoy mismo pienso terminar mi vida en esta selva.

LAS DOS.—¿Quién se ha atrevido a ofenderte?

TOA.—Chumbo es un embustero, es un malvado. Prefiero la muerte antes que casarme con él. Yo no quiero ha-

cer esta vez la voluntad de mi padre el Shiri, sino la mía.

NINA.—Princesita mía, mi adorada, ¿qué es lo que te ha hecho ese mentecato de Chumbo?

TOA.—¿Querréis creerlo? Anda jactándose entre sus amigas de los barrios de Quito, que yo me muero de amor por él y que le estoy rogando porque se case conmigo! . . .

LAS DOS.—Oh! qué embustero! qué desvergüenza!

TOA.—Que es noble y que será sucesor de mi padre en el reino de Quito! . . .

NINA.—¡Qué atrevimiento! ¿Qué importa que sea noble, si es un botarate, un derrochador de su fortuna en saraos?

ZAPA.—Si es un antipático, que no tiene cabida en la Corte.

NINA.—Pero, princesa, este no es motivo para que trates de envenenarte; desprécialo y asunto concluido.

TOA.—Es que mi padre se empeña por este matrimonio. Yo casarme con Chumbo! la muerte, prefiero la inuerte!

NINA.—Sería una insensatez de tu parte; no morirás.

TOA.—Yo no cambio de resolución.

ZAPA.—Yo le impediré a todo trance, con mis hechizos.

TOA.—No amo la vida.

NINA.—Debes amarla: joven, hermosa, hija del Gran Shiri! Tu porvenir será siempre brillante.

TOA.—No quiero volver a la Corte de Quito; estoy yo por demás en esa madriguera de intrigantes, en donde los parientes de Chumbo tienen subyugada la voluntad de mi padre, el Shiri.

ZAPA.—Pues huye de la Corte, huye de Quito, y nosotras te seguiremos a donde vayas. No morirás!

NINA.—Huyamos con esos cazadores, que están ahí presos; parecen jóvenes valerosos y de distinguida alcurnia, Huyamos a los bosques, andaremos errantes por la selva, viviremos en sociedad con los jaguares y los leopardos, más te conservaremos la vida.

TOA.—(*Pensativa*).—Zapa, quisiera hablar con esos dos cazadores, pero a solas sin que nos oigan los dos guardianes que los cuidan.

ZAPA.—Asunto es éste que corre por mi cuenta.

TOA.—¿Cómo podrás hacer, si están armados con lanzas!

ZAPA.—En el instante: voy a preparar dos vasos de narcótico para los guardias. . . ¿me has comprendido? Voy al punto (*se entra a la cabaña y vuelve poco después*,

llevando dos vasos en las manos).---El día está caluroso y beberán con agrado este fresco licor.

TOA.---Nina, acompaña a Zapa.

NINA.---Perdona, no puedo separarme de tu lado ni dejarte sola; estás muy nerviosa (*Váse Zapa*)

TOA.---Vuelve presto, que el tiempo urge. (*Se oyen ruidos de caracoles a la distancia.*)

NINA.---(*Abrazada de Toa*).---No volverán muy pronto; están muy lejos. Animo, princesita mía; no debes morir, no morirás! Ya vuelve Zapa con los dos cazadores. (*Entra Zapa seguida de los dos mozos, quienes al entrar hacen una profunda reverencia a Toa, poniendo las manos sobre la cabeza.*)

ESCENA 7ª

TOA.---LOS DOS JÍBAROS.—LAS DOS CAMARERAS

TOA.— Veo que sois apuestos mancebos. Tiquirumbi, tu nombre no me es desconocido; hijo del gran Jefe de la jibaría del Pastaza, del anciano Agoyán. La fama de tu valor en la caza y en la guerra ha llegado hasta la Corte de Quito. Tus hazañas en las guerras con los Paloras y los Moronas no se ignoran entre los grandes y el pueblo del reino. Tungura eres digno de tu ilustre padre y de tu hermano. Vuestra suerte me interesa; a ambos juntos os he puesto en libertad, para que podáis fugar.

TIQUIRUMBI.---(*Los dos le besan la mano*).---Noble y hermosa princesa, eres buena con nosotros; somos tus admiradores, somos tus esclavos.

TUNGURA.---Los genios benéficos de la selva del Antisana te colmen de felicidad.

TOA.---¡Me creéis feliz, vosotros?

TIQUIRUMBI.---Y ¿no será feliz la hija del gran Shiri, Señor del reino de Quito?

TOA.---Soy una desgraciada princesa (*pensativa*). . . . vosotros podéis cambiar mi suerte. (*Toma una hoja ancha y principia a abanicarse.*)

TIQUIRUMBI.--No comprendo cómo.

TOA.---Los momentos son rápidos; os repito, mi suerte está en vuestras manos.

TUNGURA.---Seríamos dichosos si pudiéramos servirte en algo aun cuando nos costara la vida.

TOA.---Oídme prontamente y luego tomemos una resolución. (*Abanicándose*).---Mi padre, el gran Shiri, empéñase

en hacerme casar con un pariente suyo, a quien detesto: este partido no es digno de mí. Estoy resuelta a hacerme morder el brazo, hoy mismo, con una víbora coral: ahí, en mi lecho de descanso (*Señalando la cabaña*), la tengo encerrada en una caña de tunda para el momento llegado.

LOS DOS.—¡Cómo! ¿es posible? Tu juventud, tu hermosura, tu gran corazón!...

TOA.—(*Se sienta nerviosa, con la mano en la mejilla*).— ¡Qué desgraciada soy!... (*Mira a la cabaña, a los dos jíbaros, a los árboles*). ¡Jamás pensé llegar a este momento decisivo de mi suerte! (*Pausa*) ¿Qué halago tengo yo en la Corte de Quito, fuera del cariño de mi anciano padre, el Shiri?... Heredera del reino no puedo ser; las leyes prohíben que sea heredera una mujer. El Shiri no tiene un hijo varón que le suceda; la raza de los Carán—Shiris se extingue con él y conmigo..... Qué papel haría yo en la Corte de Quito casada con un calavera como Chumbo, aunque sea mi pariente.... Pero.... (*Apoya la frente en una mano*) abandonar a mi padre anciano? abrirle una herida mortal en el corazón!... pagar así su cariño infinito!... Ay mejor me sería morir! Qué hago?... me ahogo! (*Alzando el rostro*); mi corazón estalla!... (*Pensativa*).

TIQUIRUMBI.—¡Oh infortunada princesa, tienes una alma grande! Eres digna de mandar un reino. No malogres tu destino, tu juventud, tu hermosura, tu existencia: vive!... Y si quieres reinar, no te faltará un príncipe valeroso de las selvas del Oriente, que siempre será mejor que Chumbo.

TOA.—¿Es hermosa tu tierra?

TIQUIRUMBI.—Oh, princesa Shiri, no te imaginas cuánta es la hermosura del Oriente! Todo es ahí más bello que en esta tu tierra de Quito; el sol, los ríos, los lagos, las aves, las flores, la fragancia de la selva. ¡Vieras cómo, a la salida del sol, las aves pintadas cantan en los copudos cedros, y bandadas de mariposas de lindos colores vuelan junto a las fuentes, como vistosos jardines flotantes! ¡Cómo se bañan con luz de oro las palmeras, los ceibos los canelos; cómo los perfumes exquisitos de la vainilla y de mil yerbas aromáticas deleitan el sentido en el fondo de los bosques! La luna con sus noches estrelladas, parece suspender ufana su curso, para contemplar su imagen en los cristalinos lagos; para escuchar complacida los rumores misterio-

sos de la selva, el ronco estruendo de las cataratas, los gritos salvajes del jaguar, los cantos guerreros de los jíbaros en sus cabañas.

TOA. — ¿Hay fiestas y danzas en la selva?

TIQUIRUMBI. — Oh! las fiestas que se celebran en tu honor! Los juegos, las danzas, los torneos, los coloquios íntimos de la amistad en el fondo de las cabañas! Ya sabes quien soy yo: el heredero del gran Agoyán; todas las tribus valerosas del Pastaza vendrán humildes a besar tu pie. Todo será mío allí: riqueza, honor, placeres, todo será mío, yo seré el rey: tú serás la reina.

TOA. — La reina! . . . Y tu esposa?

TIQUIRUMBI. — Sí, gran princesa, harto te respeto y te admiro, para atreverme a llamarte con otro nombre.

TOA. — No sé por qué me atrae, a veces, el misterio de la selva, pienso que yo sería feliz en la soledad. Mi espíritu, otras veces, anhela el tumulto, la muchedumbre, la lisonja, el poder, la gloria. Yo nací para mandar, quisiera ser reina: mi corazón es un misterio! . . . (*Pone la mano sobre los ojos*) Ay! que horror! . . . la sombra de Chumbo me persigue! . . . espesas tinieblas envuelven mi espíritu y borran todas mis ilusiones! (*Vacilación*). . . Yo rompo esas tinieblas! (*Se pone de pie, con violencia, abanicándose*). No hay remedio: salvadme de Chumbo. Quiero huir con vosotros a la selva del Pastaza. Tiquirumbi (*pensativa*) llévame a la cabaña de tu padre, del gran Agoyán. Allá nos casaremos. Todavía me es cara la vida, salvadme de Chumbo. Está echada la suerte, y yo no retrocedo!

TIQUIRUMBI. — Hermosa princesa Shirí! soy tu esclavo. Allá en las selvas del Pastaza, te ofrezco mi brazo, mi lanza y mi corazón.

TOA. — Tú eres heredero del poder de Agoyán; eres príncipe de la inmensa selva; eres joven, valiente, gallardo, eres digno de mí. Vámonos!

TIQUIRUMBI. — A la cabecera de tu lecho, el colibrí que enseñó a la nación jíbara a encender el fuego del hogar velará por nuestra felicidad.

TUNGURA. — Y la terrible mangi, que habita en los oscuros y profundos lagos, nos protegerá contra nuestros enemigos del Palora y del Morona.

TOA. — ¿Y quién es esta terrible mangi?

TUNGURA. — Es la gran serpiente que, arrojando agua por la

boca, inundó con un diluvio las llanuras y los montes más elevados, en tiempos antiguos.

TIQUIRUMBI.—Los capitos del Pastaza cubrirán con pieles de jaguar, de danta y de leopardo tu morada. Y las doncellas de la selva te traerán flores aromáticas, frutos de las palmeras y aves pintadas, para agasajarte.

TOA.—Vuestras palabras me infunden un valor que nunca experimenté.

TIQUIRUMBI.—(*Doblando una rodilla.*—Vive, oh gran princesa! huye de la Corte de Quito, que no te comprende; Chumbo no podrá hacerte feliz!

TOA.—Tú eres digno de mí: llévame a tu tierra hermosa.

TIQUIRUMBI.—(*Se quita la piel de jaguar, de la espalda, y se la extiende delante de Toa.*—Soberana princesa, dignate poner tus plantas sobre esta piel de jaguar; y después, pon tu delicado pie (*Agachándose*) sobre el cuello de este tu esclavo: hoy es el día de mi felicidad! (*Toa emocionada, pisa en la piel, y después pone el pie sobre el cuello de Tiquirumbi.*)

TOA.—Ea, marchemos pronto; no debemos perder tiempo!

CAMARERAS.—Estamos listas a acompañarte, oh amada princesa. (*Se entran en la cabaña*)

TIQUIRUMBI.—Mañana, al amanecer, estaremos a orillas del Pastaza. Nos perseguirán, pero salvaremos.

TUNGURA.—Yo conozco un camino secreto y muy corto, por las orillas del Topo.

TOA.—Camareras (*Salen de la cabaña*), envolved mis pies con piel de danta, traedme un manto para abrigarme y un pañuelo para recoger la cabellera. Vosotras cuidaréis de cerca mi persona (*se hace todo*).—Llevad lo que podáis para el camino. Dejad visible esa caña de tunda que está en mi lecho. Cuando regresen de la cacería todos comprenderán la razón de mis despechos y hasta de mis extravíos.

TIQUIRUMBI.—(*Tomando las lanzas de los dos guardias los dos jíbaros*).—No hay que perder tiempo. (*Las dos camareras llevan sendas maletas a las espaldas; Tiquirumbi se echa a la espalda la piel de jaguar*).

TOA.—Adios, reino de Quitol. . . . Raza de los Carán-Shiris, adios! . . . Yo no nací para esposa de un hombre vulgar. Vámonos! (*Se toma del brazo de Tiquirumbi, parten todos. Se oye un trueno lejano que anuncia tempestad.*)

TELON.

ACTO SEGUNDO

La mano de león

(*En la selva oriental, al otro lado del Pastaza. Se presenta Tiquirumbi llevando suspendido por las espaldas el cuerpo de Toa, que está medio enajenada. Tungura la lleva de los pies. Tiquirumbi trae la lanza atravesada entre los dientes.*)

ESCENA 1ª

TIQUIRUMBI.—TUNGURA.—TOA.

TIQUIRUMBI.—(*Recostándola a Toa delicadamente al pie de un canelo.*) Ea! salvamos el tesoro, querido hermano Tungura.

TUNGURA.—Yo admiro tu arrojo y resistencia; eres admirable en tus empresas.

TIQUIRUMBI.—Si yo diera la vida por esta princesa, sería poco.

TUNGURA.—Cuando ví que te lanzabas a las aguas del Pastaza, que iba crecido como un mar, llevando debajo del un brazo a Toa, la lanza agarrada entre los dientes y nadando con el otro brazo, te tuve por perdido.

TIQUIRUMBI.—Aquí estoy! he vencido al Pastaza; he salvado mi tesoro; soy feliz! Demos un momento de reposo a la intrépida Toa y prosigamos nuestro camino.

TUNGURA.—Mira, hermano, que sangra un pie de Toa.

TIQUIRUMBI.—Qué me dices? (*Examinando el pie.*) Anoche, sin dñda, al caminar por la selva del Topo, se ha lastimado el pie. Es menester curarla.

TUNGURA.—Por fortuna, no parece grave la herida.

TIQUIRUMBI.—Y cómo la curamos?

TUNGURA.—Aquí cerca veo una yerba que sirve para estancar la sangre.

TIQUIRUMBI.—Yo conozco otra, que cicatriza al momento una herida.

TOA.—(*Abre los ojos, reconoce el sitio, mira a Tiquirumbi.*) Tiquirumbi, eres temerario.

TIQUIRUMBI.—(*Besándole la mano.*) Estamos al otro lado del río: los perseguidores no se atreverán a vadearlo.

TOA.—Tu valor y serenidad me han salvado.

TIQUIRUMBI.—Llevando a mi reina debajo del brazo, tenían que respetarme las aguas del Pastaza. ¿Sientes mucho dolor?

TOA.—Bastante.

TUNGURA.—Te curaremos luego, para seguir la marcha. La cabaña del gran Agoyán, nuestro padre, no está lejos. *(Los dos cogen unas yerbas de allí cerca y las aplican al pie de Toa).*

TOA.—Y mis camareras?

TIQUIRUMBI.—Quedaron en la orilla opuesta: ya volveremos por ellas. *(Se oye una música suave en la selva).*

TOA.—Un lejano rumor, como de gente, se oye en la selva... y una música muy dulce... ¿oís?

LOS DOS.—*(Poniendo atento el oído).* Deben ser jíbaros; no hay cuidado; tocan un rondador.

TIQUIRUMBI.—Que andan cazando papagayos o quizá han salido en busca de nosotros. ¡Qué música tan triste!... si será presagio de alguna desgracia?

TUNGURA.—El gran Agoyán, nuestro padre, debe de estar cuidadoso por nosotros, pues hace quince soles que nos ausentamos para ir a cazar jaguares en la selva del Antisana.

TOA. *(Con gracia).* Sólo habéis cazado una cervatilla del palacio de los Shiris.

TIQUIRUMBI.—*(Besándole la mano).* Ah! hermosa y magnánima princesa!.....

ESCENA 2ª

LOS DICHOS.—UN MOZO CAZADOR.

(Se presenta de improviso un joven jíbaro cazador, con un rondador en la mano y un arco con flecha).

TIQUIRUMBI.—En hora buena! ven, aquí estamos.

MOZO.—Salud, nobles hijos del gran Agoyán; os hemos buscado por todas partes.

TUNGURA.—Nuestro padre ¿está bueno?

TIQUIRUMBI.—¿No está enojado por nuestra larga ausencia?

MOZO.—*(Guarda silencio).* Quedó muy enfermo y se teme por su vida. Hace ocho soles que, por mandato de Agoyán, salieron muchos comisionados a buscaros por todas partes. Han recorrido las selvas del Avitagua, del Llusín y hasta del Palora; llegaron hasta Andoas y no pudieron dar con vosotros. Hace tres soles que el

Capito Bobonaza y yo venimos recorriendo las orillas del Pastaza: por fortuna os hemos encontrado. Bobonaza anda no lejos de aquí.

TIGUIRUMBI.—Démonos prisa, vamos a ver a nuestro padre y que Toa descanse tranquila en la grandiosa cabaña de Agoyán, Señor del Pastaza.

TOA.—Me será grato conocer a vuestro padre, cuya fama corre por todo el reino de Quito.

TUNGURA.—(Al mozo). Te veo con semblante triste y pensativo; ¿traes acaso alguna nueva funesta?

TIGUIRUMBI.—¿Vive mi padre? ¿ha muerto talvez? Habla.

MOZO.—Murió hace tres días, de un accidente inesperado.

LOS DOS.—Por las alas del colibrí!... esto es terrible!...
(Ponen las manos sobre la cabeza. Toa medio se incorpora, sorprendida). (Castañeteando los dos) Tal ta! Ah! Unda-capito!... Agoyán!.....(Silencio un momento: manos sobre la cabeza).

TIGUIRUMBI.—Marchemos luego a honrar su cadáver.

TUNGURA.—A llorar sobre su sepulcro!

MOZO.—No os apresuréis; hay grande confusión y desacuerdo en las tribus del Pastaza; esperad los acontecimientos.

TIGUIRUMBI.—¿Qué es lo que ocurre? dílo todo de una vez, yo debo marchar al punto, hijo mayor de Agoyán, a ponerme al frente del gobierno, como sucesor en el poder.

MOZO.—Es éste el punto delicado: quisiera hablar de todo, pero siento por vos, valeroso Tiquirumbi.

TIGUIRUMBI.—(Sorprendido se acerca le pone la mano en el hombro). Dílo todo, ¿qué temes? Agoyán ¿se acordó de sus hijos al morir? ¿Qué disposiciones comunicó?

TUNGURA.—(La mano en el otro hombro, como amenazándole). Si no lo dices, debes temer nuestro enojo.

TOA.—(Escucha asombrada el diálogo, se pone nerviosa, sacude la cabellera, se pasa la mano por la frente agitada. Con energía). Cazador, habla: ¿qué ocurre en las tribus del Pastaza?

MOZO.—(A los dos). Con vuestro permiso, ¿quién es esta hermosísima jíbara?

TIGUIRUMBI.—Lo sabrás después; por ahora, sólo te ordeno que le beses las manos y los pies como a tu soberana, reina de las selvas del Pastaza y de mi corazón.

TUNGURA.—Habla! (Le amenaza con la lanza).

MOZO.—Siento temblarme el pecho.

TIGUIRUMBI.—Habla, te lo ordeno, como que soy tu soberano.

MOZO.—Señor, . . . tu suerte . . . tu destino . . . tu porvenir . . . están perdidos para siempre!

TIQUIRUMBI.—¿Qué es lo que oigo? aclara el enigma.

MOZO.—No te turbes por la noticia que voy a darte.

TIQUIRUMBI.—Acabemos.

MOZO.—Pues bien, señor: permite que abra un abismo delante de tus ojos.

TIQUIRUMBI.—A ver, pero luégo!

MOZO.—El gran Agoyán, en el momento de morir declaró que tú no eras su hijo.

TIQUIRUMBI.—Un rayo te parta: mientes, villano!

TUNGURA.—¿Qué dices? ¿estás borracho?

MOZO.—Si me permitís, acabaré; todo la verdad.

LOS DOS.—(*Amenazándole*). Dilo todo o mueres.

MOZO.—(*Tembloroso cuelga del pecho el rondador, se apoya en su arco*). Luégo, luégo llegará el Capito Bobonaza, persona de mucha autoridad, como lo sabéis; él os dirá todo lo demás.

TIQUIRUMBI.—Bobonaza . . . ? que venga luégo y nos informe de todo. (*El mozo toca una caña de tunda dando una señal; otra caña contesta cerca, en el fondo del bosque*).

ESCENA 3ª

LOS DICHOS.—BOBONAZA.

(*Algo turbada Toa, escucha con mucha atención, levantando medio cuerpo, apoyada en el brazo*).

TOA.—(*A Tiquirumbi*). Dame un calabazo con agua; tengo muy secos los labios y el corazón se me salta con funestos presentimientos. (*Toma el agua*).

BOBONAZA.—(*Entrando, abraza a Tiquirumbi y a Tungura. Fija la vista en Toa y le hace una venia, que Toa contesta*).—En hora buena os encuentro aquí.

TIQUIRUMBI.—En hora mala, debes decirme, respetable Bobonaza.

TUNGURA.—Conque ¿ha muerto nuestro ilustre padre, verdad? (*Sollosando*) El invencible! Señor del Pastaza! . . .

TIQUIRUMBI.—Decidnos todo cuanto ha ocurrido. ¿Qué disposiciones comunicó al morir?

BOBONAZA.—No me exijas, valeroso Tiquirumbi, no me exijas que revele secretos terribles, que han llevado la confusión a todas las tribus del Pastaza.

TIQUIRUMBI.—Hállome dispuesto para todo; seré juguete del destino: aclara este énigma, pero luégo, luégo, pues en este lugar corremos peligro de ser alcanzados por enemigos que nos persiguen. ¿Qué dispuso mi padre acerca de mí?

BOBONAZA.—Que no eras su hijo, y que Tungura es su sucesor en el Pastaza.

TIQUIRUMBI.—(*Alzando la voz*). Pues ¿quién soy yo....? ¿quién es mi padre....? voy a volverme loco....!
(*Emocionada Toa se recuesta de nuevo, y se mantiene con los ojos cerrados y la mano sobre la frente*).

BOBONAZA.—No decaiga tu ánimo, noble joven, escúchame sereno.

TIQUIRUMBI.—(*Arrimado en su lanza y tembloroso*). Con más serenidad oiría una sentencia de muerte. ¿Quién es mi padre....? quién?

BOBONAZA.—Agoyán, antes de morir, reunió a todos los Capitos de las tribus del Pastaza, y les reveló que tú no eras hijo suyo, sino de otro señor noble y poderoso, cuyo nombre no quiso decir. Que, cuando tú naciste, tomó un vaso de ayaguasco, durmió por tres días, y tuvo un sueño funesto: que tú le quitarías el mando de sus dominios. Llamó entonces a su aliado Agoyán y le entregó el niño para que lo hiciera criar, y lo educara como si fuese su hijo, ocultándole para siempre su verdadero origen. Desde entonces, pasaste como hijo mayor de Agoyán: esto es todo.

TIQUIRUMBI.—Y ¿quién es ese noble señor (*Excitado*), tan cruel, que así me abandonó en la selva? Quiero saber su nombre, para ir a extrangularle y arrojar su cadáver a las aguas del Pastaza.

BOBONAZA.—Agoyán rehusó decir el nombre, porque, cuando te recibió niño, recién nacido, juró por Iguanchi no revelar jamás quien fuese tu verdadero padre. (*Momento de silencio*).

TOA.—(*Se incorpora, se sienta erguida, se echa a la espalda la cabellera*). Tiquirumbi, no te turbes, no te aflijas. Ya veo que no sucederás a Agoyán en la soberanía del Pastaza; pero eres de sangre noble, y valiente. No importa, yo te seguiré a donde te lleve la suerte. Antes, un capricho, un despecho me hizo dejar la Corte de mi padre, el Shiri de Quito, y seguirte al Pastaza; ahora, te amo, y seré tu esposa, pues te veo infortunado. Somos dos desgraciados: uniremos nuestra suerte! (*Llora*).

TIQUIRUMBI.—Princesa ilustre, noble vástago de los Shiris de Carán: tienes un corazón heroico y desinteresado. Mas, te lo juro: esta situación es insoportable para mí, no puedo resistir; mi existencia debe acabar hoy mismo en esta selva!

TOA.—¿Qué es lo que dices...? ¿serás tan cobarde en presencia del infortunio?

TIQUIRUMBI.—Estoy avergonzado en tu presencia: no puedo ya saludarte como a reina del Pastaza: yo debo morir. Tungura, vuévela a Quito a mi princesa, llévala a la Corte de su padre.

TOA.—Yo, volver a Quito?... ¡Imposible! La mujer que ha dado un paso en falso, no tiene otra cosa que seguir rodando hasta el fondo del abismo. Llévame al Marañón.

TIQUIRUMBI.—No mereces esa suerte.

TOA.—Las palmeras del desierto y la soledad sepultarán para siempre nuestra desgracia.

TIQUIRUMBI.—Soy un miserable! (*Arrojándose hacia el cazador*). Cazador dame tu dardo para traspasarme el corazón.

TUNGURA Y BOBONAZA.—¿Qué vas a hacer...? Jamás lo consentiremos. (*Le arrebatan el dardo de la mano*).

TIQUIRUMBI.—Dejadme... quiero huír del Pastaza, que hoy me arroja de su seno como a un advenedizo. (*Tungura y Bobonaza le sujetan por los brazos; Tiquirumbi tiembla delirante como un enajenado*). Dejadme: iré a vagar solitario por la selva, entregado a la desesperación!... Las gentes huirán de mí por no contagiarse con mi desgracia.

TUNGURA.—No te dejaremos.

TIQUIRUMBI.—Dejadme... quiero ir a entregarme a mis enemigos del Palora y del Miazal: les entregaré mi cabeza, sí, ésta mi cabeza (*tocándose la cabeza*), para que celebren con ella la fiesta de la tzantza.

TOA.—(*A Tungura*). Sujétale, ha perdido la razón.

TIQUIRUMBI.—No estoy loco, no: (*se arrodilla con los brazos abiertos delante de Toa*). Así se desvanecieron en un instante todas mis ilusiones! Es éste el reino que te esperaba en la selva del Pastaza! Reina de mis ojos, de mi corazón, de mi existencia! ¿Qué puedo ofrecerte digno de tí?... Yo detesto la vida; yo no debo vivir después de semejante catástrofe. Quiero huír del Pastaza; las aguas del gran torrente me sepulten en sus abismos; bórrese mi nombre de la memoria de to-

das las tribus del Oriente. Princesa Toa, yo me siento morir avergonzado en tu presencia. Olvídame, desprécíame, soy un miserable.

TOA.—(*Levantándolo por la mano*). Cálmate, Tiquirumbi; estoy convencida de tu afecto. Una fatalidad nos persigue. Me basta tu corazón y tu brazo para vivir feliz en la selva: yo no volveré jamás a Quito.

BOBONAZA.—Serás tú la reina en la nación jíbara del Pastaza, oh princesa Shiri. Tiquirumbi estará siempre a la cabeza de los guerreros; su lanza y su brazo nos defenderán de nuestros enemigos.

TUNGURA.—Hermano querido, yo te cedo la herencia de mi padre Agoyán; serás el Unda-capito del Pastaza: tú sabes cuánto te amo.

TIQUIRUMBI.—Generoso mancebo, tus palabras conmueven mi corazón. Mi mayor tormento es no poder en adelante llamarte mi hermano.

TOA.—Respetable Bobonaza, una pregunta.

BOBONAZA.—La que gustéis, noble princesa.

TOA.—Tiquirumbi cuando niño, ¿no tuvo alguna nodriza que lo alimentó? ¿quién cuidó de su infancia? ¿no sabrá nadie el secreto de su origen? No será ésta una trama interesada con torcidos fines?

BOBONAZA.—Fue su nodriza la anciana Runtu, que vive todavía: ciertamente, creo que es la única que puede aclarar por completo este misterio.

TOA.—¿En dónde mora la anciana Runtu? Yo quiero ir a verla.

TUNGURA.—No, princesa Toa; yo soy quien irá a buscarla y averiguarlo todo. De paso pondré algún orden en las tribus, que se hallan perturbadas. Yo conozco la cabaña de la anciana Runtu, situada al pie del Tungurahua, junto a los pozos calientes: yo voy, al instante. (*Quiere salir*).

TIQUIRUMBI.—Detente, un momento. (*A Bobonaza*)—¿Quién puede asegurar que no sea ésta una invención infame?

BOBONAZA.—En tu propio cuerpo llevas señalada la prueba de todo.

TIQUIRUMBI.—No te entiendo; explícate.

BOBONAZA.—He sabido que tu verdadero padre, al entregarte cuando niño a Agoyán, grabó con fuego, con su propia mano, una mano de león debajo de tu brazo. Alza el brazo y observemos.

TIQUIRUMBI.—(*Alzando el brazo*). Ciertamente, aquí llevo yo una señal que jamás se borra.

TODOS.—Verdad, verdad: he aquí la mano de león.

TOA.—(*Trata de ponerse de pie*). Dejadme, os lo suplico; quiero ir a buscar la cabaña de la anciana Runtu.

TIQUIRUMBI.—Perdona, Toa, yo no puedo consentirlo; tienes una herida que sangra en el pie.

TUNGURA.—Yo quiero ir, yo debo ir, y os llevaré el resultado a cualquiera parte, aunque fuese a las orillas del Marañón. (*Sale con violencia, con el cazador; los demás quedan pensativos*).

TIQUIRUMBI.—Permite, reina mía, aplicar esta otra yerba a la herida de tu pie, y marchemos luégo: temo un asalto de los que nos persiguen.

BOBONAZA.—La llevaremos a mi cabaña, que no está lejos de aquí.

TIQUIRUMBI.—Yo admiro la abnegación y el desinterés de Tungura.

TOA.—Yo estoy encantada al hallar tanta nobleza en su corazón.

TIQUIRUMBI.—La anciana Runtu decidirá nuestra suerte.

TOA.—Llevadme a la cabaña de Runtu; quiero conocer a la nodriza de Tiquirumbi, quiero hablarla.

(*En este momento caen repentinamente soldados del rey de Quito, en el sitio de la escena, armados de lanzas de chonta, lanzando gritos desaforados y amenazantes. Penetran por todos lados, con las lanzas en ristre*).

ESCENA 4ª

LOS DICHOS, MENOS TUNGURA.—PÍNTAG.—SOLDADOS.

PÍNTAG.—(*Entrando con la lanza en ristre*). A ellos!

SOLDADOS.—Aquí están! oa! oa!.....Malvados!.....Dejad a la princesa!.....Rendíos o morid!.....Mátenlos! mueran!.....A todos, menos a Toa.

TOA.—(*Poniéndose de pie, con imperio*) Deteneos! alto ahí. Curaca Píntag! Soldados de mi padre, el Shiri de Quito, sosegaos! Toa, la hija del rey, os lo ordena. Pasaréis por sobre mi cadáver. (*Los soldados quedan suspensos, mirando a Toa y a Píntag, con las lanzas en ristre*).

PÍNTAG.—Desgraciada princesa, ¿qué habéis hecho?..... vuestro padre muere de dolor! (*Acercándose besa la mano de Toa. Tiquirumbi y Bobonaza se aprestan a defenderse*).

LOS DOS JÍBAROS.—Oa! oa! Moriremos matando!.....

SOLDADOS.—Ríndanse o mueren!

JÍBAROS.—El jíbaro no se rinde.....Matadnos, si queréis, moriremos por Toa.

SOLDADOS.—(*Se abalanzan a los dos jíbaros y los desarman*). Miserables, rendíos!

PÍNTAG.—Los soldados del Shiri no temen a los jíbaros.

TOA.—No les hagáis daño; están bajo mi protección.

PÍNTAG.—Amárrenlos...y marchemos a Quito. Por respeto a vos...hija del gran Shiri, no los despedazamos aquí mismo.

TOA.—Y ahora ¿qué es lo que pretendes?'

PÍNTAG.—Conduciros a Quito, juntamente con vuestros seductores.

TOA.—Y ¿por qué este empeño?

PÍNTAG.—Porque muere de dolor y de indignación vuestro padre, el Shiri, por su hija desnaturalizada.

TOA.—Yo no quiero volver a Quito, me lo prohíbe mi honor.

PÍNTAG.—De grado o por fuerza, tengo orden de llevaros: seréis tratada con todos los miramientos que se deben a vuestra persona; os llevaremos en una silla de manos.

TOA.—¿Vendrán conmigo Tiquirumbi y Bobonaza?

PÍNTAG.—Desde luego; tengo orden de conducir a todos a Quito.

TIQUIRUMBI.—Te seguiré a Quito, aunque sea para morir descuartizado.

TOA.—(*Con energía*). No morirás, Tiquirumbi; mi padre, el Shiri, me ama demasiado para darme semejante golpe. Vámonos a Quito.

BOBONAZA.—Yo no tengo nada que ver en este asunto: dejadme volver a mi cabaña.

TOA.—(*A Bobonaza*). Te ruego, que vengas con nosotros; yo te presentaré con honor a la Corte del Shiri; tú le referirás cuanto has oído de labios de Agoyán acerca del origen misterioso de Tiquirumbi. Me interesa en gran manera la aclaración de este enigma. Tungura es ingenuo, leal y valiente; él irá a Quito a comunicarte todo cuanto le ha dicho la anciana Runtu.

TIQUIRUMBI.—Marchemos luego a Quito, antes de que se den cuenta de esta situación las belicosas tribus del Pastaza, las cuales no dejarían ni uno sólo de vosotros con vida.

PÍNTAG.—Marchemos todos, al momento. (*Los soldados arreglan una silla de manos, con presteza*). Vaya

adelante un mensajero a anunciar al gran Shiri la vuelta de su hija.

SOLDADOS.—(*Besan la mano a Toa, quien rompe en llanto*).
A Quito! a Quito! Viva el gran Shiri! (*A los dos jibaros, los atan con cuerdas los brazos*)

TIQUIRUMBI.—Admirable princesa Toa, no llores, excitada por el despecho; esos ojos no merecen mojarse con el llanto. Infortunados somos, mas lucharemos contra el infortunio, y venceremos!

SOLDADOS.—.....A Quito!.....

TELON.

ACTO TERCERO

Amor de padre

(*Un salón del palacio del Shiri, en Quito, adornado lujosamente con banderas, armas y pieles de animales en los muros. Un trono en el centro; sillones a los lados. Dos entradas con cortinas, a los dos lados del trono, que conducen, la una a la cámara del rey y la otra a la de Toa*).

ESCENA 1ª

EL SHIRI.—CARANQUI.—PÍNTAG.—GUARDIAS.

REY.—(*Desde el trono*). Has cumplido admirablemente con tu deber, mi querido Curaca Píntag; estoy satisfecho de tus servicios.

PÍNTAG.—Gran Señor del reino de Quito, os digo complacido.

REY.—Mi hija, la princesa Toa, se encuentra enferma, por el viaje de tantos días en la áspera selva y por las impresiones que ha sufrido. Yo estoy más enfermo que ella, pues la amo tanto! Casi no me he atrevido a reprocharle su falta, que me ha costado lágrimas.

PÍNTAG.—Majestad, ¿qué es lo que ordenáis acerca de los dos jibaros que se hallan presos?

REY.—Que los guardes así, hasta tomar una resolución; que estén incomunicados.

CARANQUI.—Deben ser descuartizados, Señor, y que sus cabezas sean enviadas a la jibará del Pastaza, inmediatamente.

REY.—Sí, ciertamente: el más grande castigo será pequeño para el crimen que han cometido. Hoy mismo se hará justicia.

ESCENA 2ª

DICHOS.— OTAVALO.

REY.—Llegas oportunamente, Otavalo, ¿qué hay de nuevo?

OTAVALO.—Un mensaje de la princesa Toa; una súplica para vos, soberano Shiri.

REY.—¿Cuál es?

OTAVALO.—Toa intercede por los dos jibaros que se hallan presos; que no les hagáis matar, de lo contrario, ha tomado una determinación horrible.

REY.—¿Qué es lo que intenta la princesa?

OTAVALO.—Quién sabe! es tan violenta de carácter....!

REY.—Triste de mí! qué desgraciado soy! qué conflicto en el que me hallo!....

CARANQUI.—Señor: por vuestro honor, por el honor del reino de Quito, por el honor de Toa, los dos raptos deben morir despedazados.

OTAVALO.—Oh gran Señor, salvad a Toa, que es vuestro propio corazón!

CARANQUI.—Con vuestro permiso, marchó en este momento a disponerlo todo para que esos criminales reciban hoy mismo su merecido castigo.

REY.—Espera; Toa intercede por ellos.

CARANQUI.—Soberano Shiri, nosotros, vuestros leales Ministros, miramos por vuestra honra y los intereses del reino de Quito sobre toda otra consideración.

OTAVALO.—No precipitemos este asunto, con peligro de la preciosa vida de Toa, quien se halla gravemente enferma.

REY.—Ciertamente; la ejecución inmediata de los presos pondría en peligro su existencia, por la impresión que le causaría. Todo se hará como lo exige la justicia; mas, quiero que mi hija lo ignore. Por ahora marchaos, mis buenos Curacas, y guardad a los presos. Quiero estar un momento solo con Toa, que se halla enferma en su recámara. *(Hacen una profunda reverencia y se retiran todos los presentes).*

ESCENA 3ª

EL REY.

REY.—Desgraciado de mí! anciano Shiri! pronto terminaré yo mis días! solo deseo morir! (*Se dirige a la entrada de la recámara de Toa, aparta un poco la cortina, mira hacia dentro con atención, deja caer la cortina y vuelve*). Está dormida... (*Paseándose en el proscenio*). El largo viaje por las selvas! tantos días!..... Hace tres días que llegó y todavía no reacciona!.... Joven delicada!.... Una princesa! Ay, mi hija!.... Me llama la atención su delirio constante, en medio de la fiebre que la abrasa. No cesa de llamar a Tungura y a una anciana Runtu, del Pastaza, que tiene su cabaña junto a los pozos calientes (*Pausa*). ¡Qué situación la mía! qué cúmulo de pesares contradictorios caen sobre mi corazón, de padre de Toa y de soberano del reino de Quito!..... (*Se detiene puesta la mano en la barba, pensativo*). Me siento humillado ante la Corte y ante todo mi reino. Toa ha arrojado una mancha sobre mí, se ha hecho culpable de una falta enorme, huyendo al Pastaza con dos aventureros (*Alzando la voz*). Mi hija única, mi corazón, ha abierto una herida profunda en mi pecho! Merece todo mi enojo, que me olvide de ella, que la abandone a su suerte, por honor mismo de la raza de los Carán-Shiris!.... (*Sigue paseándose*). Ah! Las sombras de mis antepasados, que fundaron este reino de Quito con tanta gloria, me rodean este momento (*Mirando al rededor*). Me interrogan, me reprenden, me confunden. Oigo sus voces airadas, que me dicen: «¿Dónde está la grandeza de los Shiris? ¿cómo consientes que una princesa Shiri arrastre por el suelo la gloria de la raza?».... (*Pausa*) Mas, la amo tanto! ¿Cómo conciliar los intereses del trono con la flaqueza de mi corazón de padre, con mi cariño a Toa?..... En mala hora me propuse casarla con Chumbo: he sido muy infeliz en tal deseo. Ella había tomado una resolución horrible: el día de la caza de los jaguares en el Antisana hubiera muerto mordida por una víbora, por no casarse con Chumbo. Casi estoy resuelto a olvidar su falta por no haber ella realizado su determinación. Mi hija vive! y ella debe ser mi único consuelo en mi ancianidad!....! (*Pausa*)

Pero ¿qué consuelo puede haber para mí, si no tengo un hijo varón, sino tengo sucesor para el reino de Quito? Este pesar me devora hace tiempo. El reino de los Shiris ¿se acabará conmigo? ¿quién defenderá el reino? Condorazo, rey de Puruhá, eterno rival y enemigo de los Shiris, ¿no aprovechará la ocasión para extender sus dominios? ¿no pretenderá colocar en su frente la esmeralda de los soberanos de Quito? ¿Qué esperanza, qué consuelo me queda en mi ancianidad? Oh! qué idea tan espantosa es ésta que me persigue día y noche: muerto yo, el reino de Quito bajará al sepulcro junto con mi cadáver.! Cielos!este idea me desespera, me mata. Soy un soberano desgraciado. El amor de mi hija es mi único lenitivo, pero pequeño lenitivo, pues yo muero de amargura. Ah!(Se sienta en un sillón, medio desfallecido).—Camareras, confidentes de Toa, Nina y Zapa, velad el sueño de la princesa mientras yo vuelvo. (Entran las dos camareras por una puerta excusada y se constituyen a la entrada de la recámara de Toa. El rey se retira a su recámara).

ESCENA 4^a

NINA Y ZAPA.

ZAPA.—(Alejándose de la entrada). Nina, ven: hablemos.

NINA.—¿Qué me quieres?

ZAPA.—Es un secreto, es algo raro lo que pasa en Quito.

NINA.—Cosas tuyas; siempre con tus rarezas. Como eres bruja, tú sabes muchas cosas que yo ignoro.

ZAPA.—Estás remolona; pues no te diré lo que yo he descubierto con respecto a los amores de la princesa Toa con ese jíbaro que trajeron preso del Pastaza, a quien van a colgar hoy mismo de una horca. No te digo nada.

NINA.—¿Qué es lo que sabes? dímelo. ¿Algún peligro amenaza a mi amada princesa?

ZAPA.—Esta mañana que fuí a bañarme al Machángara, oí a unas lavanderas que . . . conversaban de Toa como en secreto, y se maravillaban de su buena suerte.

NINA.—(Acercándose a Zapa). Y ¿qué decían las lavanderas? cuéntamelo.

ZAPA.—Es algo increíble. ¿Será mentira? será verdad?

NINA.—Me pones nerviosa.

ZAPA.—Que anoche llegó a la ciudad una anciana loca del Pastaza, lanzando gritos de dolor; que lloraba con desesperación, preguntando por el jibaró Tiquirumbi, que está preso en la cárcel, y que viene desde el Tungurahua a sacarlo libre de la prisión, porque es un príncipe de Puruhá, hijo del rey Condorazo.

NINA.—¡Es posible...! ¿qué me dices? Y ¿qué es de aquella anciana? en dónde se encuentra? cuál es su nombre?

ZAPA.—Su nombre es Runtu, y se dice madre de leche de Tiquirumbi.

NINA.—Y ¿a dónde habrá ido a parar?

ZAPA.—Los guardianes de la ciudad la tomaron por loca y se la llevaron presa.

NINA.—Por manera que la anciana se vino en seguimiento de nosotras, cuando volvíamos del Pastaza, traídas por los soldados del Shiri.

ZAPA.—¿Te acuerdas lo que Toa nos dijo en el camino, que Tiquirumbi era hijo de un señor muy noble y que Tungura fue a buscar a una anciana Runtu, para saber quién era ese señor?

NINA.—Y en verdad, oyes? (*poniendo el oído atento*) ¿oyes cómo delira la enferma, llamando a la anciana Runtu, quien debe aclarar un enigma? ¿Será verdad... que ha venido a Quito esa anciana del Pastaza?

ZAPA.—Pues ya sabes lo que trataban las lavanderas del Machángara. Qué será? qué no será? Quedémonos calladas.

NINA.—Hum!... yo no podré callar, y se lo diré a Toa.

ZAPA.—Habladora: y ¿si sale falso?

NINA.—Me castigarán a mí, no a tí. Voy a buscar a Runtu.

ZAPA.—Teme las iras de Chumbo, quien interesa casarse con Toa, y está empeñadísimo, con toda su parentela de palacio, porque sea ahorcado hoy mismo Tiquirumbi, su rival.

NINA.—El rey va a salir; parece que Toa despierta: silencio, vámonos. (*Se retiran por la puerta excusada*).

ESCENA 5ª

EL REY.—TOA.

REY.—(*Sale de su recámara y se dirige a la de Toa, que ha despertado; alza las cortinas y va a colocarse junto al lecho de la enferma—Entrando con los brazos abiertos*). Ingrata Toa, no mereces mis brazos (*abrazándola*); pero eres mi hija única.

TOA.—Padre, soy culpable; pero no pude resignarme a ser esposa de un hombre a quien detesto, del canalla de Chumbo, que anda jactándose de que yo me desespero por casarme con él.

REY.—Has cometido una falta enorme.

TOA.—Pero he conservado intacto mi honor: te lo juro, por el sol y la Luna, divinidades de los Caras, que adoramos aquí en Quito.

REY.—Esos aventureros que están presos me la pagarán.

TOA.—El uno llamado Bobonaza, es inocente; el otro, que se llama Tiquirumbi, es hijo de un señor muy noble, aunque todavía no se ha averiguado su origen; es valiente para la caza y para la guerra: no es indigno de mí.

REY.—Ese que llamas Tiquirumbi debe expiar su crimen en un cadalzo.

TOA.—Si es un crimen haberme él conservado la vida, puedes hacerle matar; mas, si él ha salvado dos veces la vida de tu hija, quizá merece una recompensa.

REY.—¿Cómo es eso? no entiendo.

TOA.—La caña de tunda que encontraste en mi lecho, el día de la caza de los jaguares en la selva del Antisana, lo dijo todo.

REY.—Sí, yo mismo ví la víbora coral que encerraba la caña, y la hice matar en mi presencia.

TOA.—Dos veces habría muerto, y estoy viva. Tiquirumbi guardó mi vida en la selva del Pastaza, y por eso me ves aquí entre tus brazos. (*Llora*).

REY.—¿De qué manera te salvó? es éste un enigma que más bien te condena.

TOA.—Cuando Píntag con tus soldados cayó sobre nosotros y se propuso traernos a todos a Quito, le era muy fácil a Tiquirumbi mandar un aviso a las terribles tribus del Pastaza: los jibaros hubieran caído sobre nosotros como una avalancha, para librar a Tiquirumbi que venía

preso, y habríamos perecido todos en la matanza, inclusive tu hija. Mas aquel joven abnegado, por su afecto y respeto a mi persona, no dió aviso a los jíbaros y prefirió venir preso a Quito, resuelto aun a morir descuartizado, sólo por salvar mi vida. Estoy viva aún: Tiquirumbi me ha salvado dos veces. Yo intercedo por él; te lo pido por el amor a tu hija, no le hagas matar. Es hijo de un señor muy noble, y luego sabremos su origen.

REY.—¿Quién te ha engañado, hija mía? Son embustes para salir de apuros. ¿Quién es ese señor tan noble que decantas?

TOA.—Te pido nada más que dos días de plazo, y se aclarará este enigma.

REY.—Vana esperanza; ¿quién te ha engañado?

TOA.—Espero de un momento a otro al jíbaro Tungura, hermano de Tiquirumbi; es mozo leal y valiente. El me prometió ir en pos de la anciana Runtu, que fue nodriza de Tiquirumbi, a averiguar quien fue su verdadero padre: me ofreció buscarme aunque sea en el Marañón, para darme el resultado. El vendrá a Quito, lo espero: quizá hoy mismo. (*Agitada, abanicándose*)

REY.—Pobre hija mía! es la fiebre que tienes, que te hace delirar. (*Interrumpiendo*).—¿Quién llega? (*Baja las cortinas y pasa al salón*).

ESCENA 6ª

REY.—CARANQUI.—UN PAJE LLEVANDO EN LAS MANOS
UN COFRE DORADO.

REY.—(*En actitud serena*). ¿Qué hay de nuevo, mi amado Ministro? Háblame bajo, que no nos oiga Toa, quien se halla muy delicada y nerviosa.

CARANQUI.—Oh gran Shiri, un joven jíbaro ha sido tomado preso en la frontera de Puruhá; acaba de llegar. He ordenado que vaya a la cárcel y que esté incomunicado con los otros dos aventureros del Pastaza.

REY.—¿Sabes cuál es su nombre?

CARANQUI.—Dice llamarse Tungura. Venía a Quito precipitadamente; pretende hablar con Toa y con Vuestra Majestad. Mire qué pretensión la de aquel mozo!

REY.—Tungura! (*Pensativo*). Qué aspecto tan singular va tomando este asunto! ¿Qué enredo es éste? voy a perder el juicio. Tungura! . . .

CARANQUI.—Las mujeres son siempre causa de enredos y dificultades, aun en las Cortes de los reyes.

REY.—Que se presente Tungura. Guardia, dile al Ministro Otavalo que venga haciendo conducir a aquel jíbaro que ha sido traído preso últimamente. (*Sale el guardia*).

ESCENA 7ª

REY.—CARANQUI.

CARANQUI.—Poderoso Shiri, permitid que vuestro Ministro y pariente os hable con franqueza propia del amor y respeto que profesa a vuestra persona.

REY.—Habla, hijo mío, cuanto te plazca.

CARANQUI.—Este empeño en dar audiencia a un despreciable mozo, al jíbaro Tungura, no es digno de tu grandeza.

REY.—No es mío el empeño; Toa lo quiere así.

CARANQUI.—Toa delira con la fiebre.

REY.—Me lo pide con ruegos; ella desea salvar a Tiquirumbi a todo trance. Le han dicho que es hijo de un Señor muy noble, y que Tungura viene a aclarar este enigma. Quiero oírle.

CARANQUI.—(*Con energía*). Tiquirumbi debía estar ya descuartizado en la plaza de Quito.

REY.—Ten paciencia; todo se hará como tú lo deseas.

CARANQUI.—Si alguna vez ha de prevalecer mi deseo en vuestras sabias deliberaciones, permitid que os manifieste cuál es mi mayor deseo hoy, mi único deseo en el momento actual.

REY.—¿Qué es lo que deseas, mi buen Caranqui?

CARANQUI.—Que con vuestra dulce autoridad obliguéis a Toa a aceptar este valioso presente de mi sobrino Chumbo. (*Saca un collar de esmeraldas engastadas en oro y lo presenta al rey*). Mirad este precioso collar de esmeraldas engastadas en oro; éste es un tesoro de familia, pues perteneció al primer Carán-Shiri, que fundó el reino de Quito.

REY.—(*Algo indiferente*).—Me pones en un conflicto. El amor no se impone con autoridad; Toa no quiere a Chumbo.

CARANQUI.—Los presentes valiosos doblegan fácilmente el corazón de la mujer.

REY.—Toa es demasiado altiva; esperemos los acontecimientos.

CARANQUI.—Pero de todos modos, debe morir Tiquirumbi.

REY.—Hablaremos después; ya llega Tungura. Retira por ahora esos presente de Chumbo.

CARANQUI.—Permitidme, oh gran Señor, colocarlos sobre esta mesa. (*Coloca el cofre sobre una mesa*).

ESCENA 8ª

DICHOS.—OTAVALO.—TUNGURA.

TUNGURA.—(*Besa la mano al Shiri.*)—Soberano Señor: con mis propios pies venía yo a entregarme en vuestras manos, cuando fuí ápresado en la frontera de Puruhá.

REY.—¿Quién eres tú?

TUNGURA.—Soy el jibaro Tungura, el cómplice con Tiquirumbi, que se halla preso, en la fuga de la princesa Toa de la selva del Antisana. Bobonaza, que está también preso, es inocente.

CARANQUI.—Morirán todos tres.

TUNGURA.—Haced de mí lo que queráis, pero antes, oh poderoso Shiri, dignaos escucharme.

REY.—Habla.

TUNGURA.—Ya os habrá referido Toa, que Tiquirumbi no es un hombre vulgar ni despreciable, pero que su origen era desconocido. Los sucesos están pendientes de este enigma.

REY.—Sí, lo sé todo: ¿tienes algo que decirme?

TUNGURA.—He descubierto el secreto, y os traigo una nueva que os llenará de sorpresa y al propio tiempo de satisfacción; noticia que, lo espero, será grata a vos, magnánimo Shiri, y a todo el reino de Quito.

CARANQUI.—¿Si será esta una celada? Los jibaros son pérfidos y astutos.

OTAVALO.—Es éste mismo el mozo que acompañaba a aquel otro, de la piel de jaguar; le conozco; dejadle que hable, Señor.

TUNGURA.—Busqué a la anciana Runtu, que fue nodriza de Tiquirumbi: ella ha aclarado todo el misterio.

CARANQUI.—¿Quién es el padre de aquel mozo seductor de la princesa Toa? ¿Será algún bandido de la selva?

TUNGURA.—Es Condorazo, rey de Puruhá; juro por Iguanchi!

CARANQUI.—Mientes, villano; no es posible.

REY.—Condorazo! no lo creo. Mi rival, el viejo jaguar de Puruhá! no, no, no! Oh, si fuese cierto! creo que estaría salvado el reino de Quito.

OTAVALO.—Tungura, prosigue.

TUNGURA.—Cuando hube descubierto por la anciana Runtu quien era el verdadero padre de Tiquirumbi, pasé a la Corte de Condorazo, a Liribamba, y le referí todo cuanto ha pasado con Toa y con Tiquirumbi; con mi padre el gran Agoyán, y además, todo cuanto me reveló la anciana Runtu.

REY.—¿Qué dijo a todo esto Condorazo?

TUNGURA.—Confesó el hecho; que es su hijo Tiquirumbi y que su nombre verdadero es *Duchicela*. Llenóse de contento al saber que su hijo había ganado el corazón de Toa, vuestra hija, la princesa Shiri.

REY.—*Duchicela!* ¿No te habrá engañado? es muy astuto el rey de Puruhá.

TUNGURA.—Preguntéle si su hijo llevaba alguna señal. Contestóme, que él, con sus propias manos, había grabado con fuego una mano de león en el costado del niño recién nacido, y se lo entregó a Agoyán, imponiéndole el secreto.

CARANQUI.—¿Cómo garantizas tus palabras, mensajero? ¿Prendes acaso engañar al gran Shiri?

TUNGURA.—Condenad, Señor, a muerte, si os place, a los tres jíbaros que estamos en vuestras manos; pero es la verdad.

OTAVALO.—¿Habéis oído? ¿qué os parece? El jíbaro Tiquirumbi, en efecto, tiene debajo del brazo grabada con fuego una mano de león: yo la he visto.

REY.—¿Cómo así llegaste a descubrir esa señal? ¿quién te dió noticia de ello?

OTAVALO.—Una anciana misteriosa, llegada anoche del Pastaza, llamada Runtu, a quien Chumbo tiene encerrada en una prisión para que no hable con nadie. Dicen unos que es loca; otros, hechicera.

ESCENA 9ª

DICHOS.—TOA (*arrojándose a los pies del Shiri*)

TOA.—Padre mío: todo lo he oído detrás de la cortina; suspenso la sentencia de muerte. Tiquirumbi resulta ser un gran príncipe, hijo de Condorazo. (*Alzando la voz.*)—Runtu! Runtu! Aquí, en Quito, está la anciana Runtu, la nodriza de Tiquirumbi. Ordena, padre mío, que sea conducida aquí, que aclare todo el enigma.

REY.—Sí, hija mía; se hará como tú lo deseas. Sosiégate, siéntate aquí a mi lado, y escuchemos la relación de Tungura. Habla, joven mensajero, todo cuanto supieres.

CARANQUI.—¿En qué apoya su afirmación este mozo? a fe que es un embustero.

TOA.—Déjale hablar, Caranqui, pariente.....de Chumbo (*con retintín*).—Tungura, habla sin recelo.

TUNGURA.—¡Garantizar mi relato! Tengo que decir mucho y bueno, mas no me creeréis y nos haréis matar.

TOA.—(*Con energía*).—No morirás, lo juro; habla, Tungura. Mi felicidad o mi desgracia están pendientes de tus palabras. ¿Qué piensa Condorazo?

TUNGURA.—Reunió un Concejo en su palacio de Liribamba, con los Curacas, Licán, Guano, Huacona, Mocha y Pansaleo, para tratar el asunto.

REY.—Y ¿qué piensa hacer el anciano Condorazo, anciano como yo? ¿Piensa todavía reinar en Puruhá mi antiguo rival?

TUNGURA.—Holgóse mucho por todo lo acontecido con Toa y su hijo Duchicela. Mas, no ha olvidado el sueño aquel misterioso de que su hijo le destronaría. Está al presente más receloso que nunca y desea alejar de la Corte de Puruhá a Duchicela, para vivir tranquilo en su trono.

REY.—Y ¿de qué manera piensa alejarlo?

TUNGURA.—Cree que la ocasión no puede ser más oportuna para alejarlo de su lado. En el Consejo, resolvióse pedir la mano de Toa para Duchicela, y así vivir en paz y tranquilo.

REY.—¿Qué cosas me dices, mensajero? ¿Me hablas la verdad?.....

TUNGURA.—Una embajada de nobles de Condorazo, trayendo ricos presentes, se ha puesto ya en camino para venir a Quito, a pedir la mano de Toa para Duchicela, quien se halla aquí actualmente preso, con el nombre de Tiquirumbi; no tardará en llegar esa embajada.

TOA.—(*Exaltada*).—Escucha, padre. ¿Has oído, Caranqui?

REY.—Mi amada Toa, te miro palidecer, y luego, que se enciende tu rostro. Te pones temblorosa! lloras!..... mas yo veo que el gozo se retrata en tu semblante. Retírate tranquila; que si se confirma la noticia de la embajada que se anuncia de Condorazo, he de tratar este gravísimo asunto, hoy mismo, en mi Consejo de gobierno. Que se lleve preso a Tungura, por si nos

engaña, y que siga incomunicado. (*Sale Tungura con un guardia*).

TOA.—(*Al retirarse*).—Sí, yo me retiro. pero. no se ejecutará la sentencia de muerte a mis presos. (*Mirando a Caranqui*).—Padre mío, averigüad bien las cosas; estas nuevas que acabáis de oír a Tungura dan mucho que pensar y mucho que esperar. Que venga la anciana Runtu, quiero conocerla, quiero oírla: el corazón me tiembla de emoción. (*Retírase agitada, abanicándose; mas, al salir, vuélvese otra vez al Rey, temblorosa y suplicante*).—Padre mío: permíteme que vaya yo personalmente a dar tan fausta nueva a Tiquirumbi, que está en la cárcel. Todo lo ignora el infeliz Duchicela, ni el más leve rayo de esperanza luce a sus ojos; sólo espera por momentos la muerte.

REY.—No hija mía: que se espere la embajada que me anuncia Tungura. La suerte de Tiquirumbi, si en verdad es hijo de Condorazo, puede cambiar hoy mismo, y así quedarás contenta.

TOA.—Señor, los parientes de Chumbo hállanse empeñados en hacer ejecutar cuanto antes a Tiquirumbi; cuando quieras salvarlo, ya será tarde.

REY.—No te inquietes, hija mía; yo le daré mis instrucciones terminantes al Curaca Pintag, Jefe del ejército.

TOA.—Padre, la vida o la muerte de tu hija están en tus manos, como lo está la suerte del príncipe Duchicela, a quien amo con toda mi alma. (*Besa la mano al rey y se retira desasosegada, mirando con ojos airados a Caranqui*).

CARANQUI. (*Aparte*).—Ya lo veremos.

REY.—Podéis retiraros todos, que me siento fatigado con tan inesperados sucesos. Podéis retiraros.

TELON

ACTO CUARTO

Alianza de dos Reinos

(En el mismo salón del Rey de Quito)

ESCENA I^a

REY. — CARANQUI. — OTAVALO. — TACUNGA.

TACUNGA. — Salud, oh magnánimo Shiri. (*Besa la mano y el pie*).

REY. — ¿Qué nuevas me traes, mi buen Curaca Tacunga?

TACUNGA. — Los vigías de la frontera de Puruhá me dan el aviso, de que una embajada de nobles, de Condorazo, avanza por el Sur, con dirección a Quito.

REY. — Una embajada! . . . de Condorazo! . . .

CARANQUI. — Una embajada pacífica, del jaguar del Chimborazo! . . . no lo creo.

OTAVALO. — Y ¿porqué no lo crees?

CARANQUI. — El rey de Puruhá es muy soberbio y aguerrido; en largos años no hemos podido conquistar su reino.

REY. — Yo creo que aquel joven jíbaro nos ha hablado la verdad.

OTAVALO. — Si el viejo jaguar se viene a nuestras manos, cójámosle en la misma trampa que él prepara.

REY. — ¿Qué trampa?

OTAVALO. — El matrimonio de Toa con Duchicela.

CARANQUI. — Y ¿qué ganamos con ello?

OTAVALO. — La unión del reino de Puruhá con el de Quito: lo que no han podido obtener las armas, se conseguirá con esta alianza.

CARANQUI. — Toa, por ser mujer, no puede ser heredera del Gran Shiri: las leyes del reino lo prohíben.

TACUNGA. — Podría cambiarse la ley, con el consentimiento de los Curacas que estamos aquí reunidos.

CARANQUI. — Asunto es éste que debería resolverse en una asamblea de nobles; la ley de los Shiris debe respetarse. Sólo en el caso de que Toa se case con Chumbo, podrá cambiarse la ley, pues Chumbo es de la sangre de los Caran-Shiris.

REY. — (*Con energía*). Yo soy la ley. . . . Si Condorazo pide la mano de Toa para su hijo Duchicela, estoy pron-

to a acceder, y se cambiará la ley. Oídlo bien, hasta dónde llegaremos: Quito y Puruhá formarán un solo reino. Hemos ganado!

OTAVALO.—Bien dije yo: el jaguar de Puruhá caerá en su propia trampa.

ESCENA 2^a

DICHOS.—PÍNTAG.

PÍNTAG.—Poderoso Shiri: ha llegado el momento de ejecutar la sentencia de muerte a los tres jíbaros que se hallan presos. Tungura se halla incomunicado y será ejecutado separadamente. Han sido ya conducidos a la plaza, en donde el pueblo se halla reunido. Se han levantado tres postes para que sean ahorcados. Tungura empéñase por ponerse al habla con Tiquirumbi para darle noticias de Condorazo; lanza gritos desesperados; quiere romper las ligaduras; llama a la princesa Toa; publica a voces que Tiquirumbi es hijo del rey de Puruhá. Una anciana llegada del Pastaza, que ha sido puesta en prisión, ha metido el mismo alboroto que Tungura. Con tales noticias, el pueblo se halla excitado y pide que se suspenda la ejecución, hasta que llegue la embajada que se anuncia de Condorazo.

REY.—¿Quién ha ordenado que se ejecute hoy mismo la sentencia de muerte a esos presos del Pastaza?

CARANQUI.—Son mis atribuciones, como primer Ministro del reino.

REY.—Aquí manda el rey, no los Ministros.

PÍNTAG.—En el momento mismo en que iban a ser ejecutados, Tiquirumbi el primero, recibí un aviso de la princesa Toa: que vos ordenabáis se suspendiera todo, y que se esperasen nuevas órdenes. ¿Qué es lo que mandáis?

REY.—Este es asunto de pensarse; por el momento, que se espere a la embajada de Condorazo.

ESCENA 3^a

LOS DICHOS.—TOA.—RUNTU.

TOA.—(*Entra encolerizada*).—¿Qué es lo que oigo? ¿todavía me persiguen los parientes de Chumbo? Se equivocan. Soy de la sangre de los Shiris, soberbia, altiva; lucha-

ré hasta el fin. Padre mío, la anciana Runtu se encuentra aquí, a la puerta; pídete que la escuches: ella te dirá quien es el padre de Tiquirumbi.

REY.—Sosíégate, hija mía: que entre la anciana Runtu. *(Las dos camareras traen a Runtu sosteniéndola por los brazos, pues se halla turbada y medio desfallecida).*

TOA.—*(Echándole los brazos).*—Buena anciana, tranquilízate, no temas, no te turbes; habla cuanto supieres.

RUNTU.—*(Temblorosa besa los pies al rey).*—Majestad! Majestad! poderoso Monarca! *(llorando enseña los pechos).*—Aquí tenéis estos pechos que alimentaron a Tiquirumbi, hijo del rey Condorazo. *(Cae desmayada).*

TOA.—*(Abrazada de Runtu).*—¿Lo has oído, padre mío? La relación de Runtu es igual a la de Tungura. Permíteme llevar a esta buena anciana a que se reponga en mi recámara. *(Se la llevan Toa y las camareras).*

REY.—Píntag, que se suspenda la ejecución, pero que Tungura continúe inçomunicado con Tiquirumbi.

PÍNTAG.—Volverán a la cárcel los presos. *(Quiere retirarse).*

REY.—Quedaos todos; quiero tratar este asunto con vosotros, mis Curacas.

ESCENA 4ª

DICHOS.—CHUMBO.

CHUMBO.—*(Con voz humilde, suplicante, algo turbado).*—Señor! *(Arrodillándose)* mi soberano, mi pariente: yo soy de la sangre de los Shiris de Carán. ¿Cómo podrás consentir que la princesa Toa se case con Duchicela. . . . hijo de un enemigo del reino de Quito? *(El rey lo levanta por la mano).*

REY.—Chumbo, la princesa Toa te rechaza, te detesta, no quiere oír tu nombre.

CARANQUI.—La sangre de los Shiris no debe mezclarse con la de los Purubaes.

TACUNGA.—Y ¿por qué no? El reino de Puruhá es más antiguo que el de los Shiris.

CARANQUI.—Bien se ve que eres adicto a tu antiguo Señor de Puruhá, hasta que tu tribu fue conquistada por los Shiris.

TACUNGA.—Mas ahí se detuvo la conquista; pues los reyes de Puruhá son invencibles.

CARANQUI. —¿Qué es lo que dices? ¿más antiguo que el de los Shiris? No lo creo.

TACUNGA. —Sí: cuando los Caras llegaron a tierras de Quito, era ya Puruhá una «nación disciplinada con ciudades considerables y compactas.» (1) Los Puruhaes son hijos del Chimborazo y su origen se pierde en la oscuridad de los siglos.

CARANQUI. —Los Caras son un pueblo numeroso y bien organizado, de cultura superior a los Puruhaes.

TACUNGA. —Siento contradecirte.

CARANQUI. —Escúchame. Ignoras, por ventura, cómo los Caras llegaron del lado del mar donde el sol se oculta, ocuparon la costa de Manabí, subieron a la altiplanicie siguiendo el curso del río de las esmeraldas y establecieron el reino de Quito?

TACUNGA. —Y ¿no sabes tú, que la cultura de Puruhá fue anterior a la de los Caras, antes que reventase el volcán Cullanis, que fue más alto que el Chimborazo? Las erupciones de ceniza de aquel volcán que envolvieron en tinieblas durante siete años a todo el reino de Puruhá, dejaron sepultadas las ciudades de Guano, Licán, Pansaleo, Mocha y Huacona. Sin la destrucción del reino de Puruhá, esas ciudades estarían hoy florecientes. (2)

CARANQUI. —Quito se gloria de una serie de soberanos ilustres, llamados Shiris.

TACUNGA. —Puruhá se enorgullece con una serie de soberanos guerreros, llamados Conllocandos, reyes de Licán, predecesores de Condorazo. ¿No has sabido que los Conllocandos sostuvieron largas guerras con los Quitus, con los Huancavilcas y con los Cañaris, y que nunca fueron vencidos?

CARANQUI. —¿De dónde has tomado esas noticias? Yo no creo en nada de eso.

TACUNGA. —El sabio Curaca de Licán, Ceffa y Oro, conserva estas tradiciones en su familia: debes creerlo.

CARANQUI. —La gloria de los Shiris no debe eclipsarse por el matrimonio de Toa con un extranjero; Chumbo es ilustre por su sangre, y debería ser el esposo de Toa.

(1) Jijón y Caamaño: Arqueología Puruhá.

(2) Tradiciones de Licán. —El yacimiento arqueológico descubierto en Macají, cerca de Riobamba, es el más antiguo del Ecuador, según la opinión de Jijón y Caamaño.

CHUMBO.—(*Tocándose el pecho complacido*).—Sí, yo debo ser el marido de Toa; bien dice Caranqui.

TACUNGA.—(*Aparte, a Chumbo*).—Toa no te quiere: no hables más sobre este asunto. (*Chumbo enojado muestra los puños; los Curacas se sourien*).—¿En qué desmerece Duchicela a Toa? Condorazo es digno rival de nuestro soberano, el gran Shiri; así viejo como está, es una amenaza para el reino de Quito.

OTAVALO.—Yo haré notar, que nuestro gran Shiri está ya anciano y necesita un sucesor, valiente para la caza y para la guerra, que defienda sus estados: Chumbo no ha sido nunca militar. (*Chumbo se encoleriza y sale, amenazando*).

CARANQUI.—Le sostendremos los Curacas del reino.

OTAVALO.—Toa detesta a Chumbo.

CARANQUI.—Los caprichos de una mujer no deben sacrificar el reino de Quito, con toda su gloriosa historia. Toa no puede reinar, según nuestras leyes.

OTAVALO.—Que se cambie la ley: el reino de Quito no debe acabar por falta de sucesor.

TACUNGA.—Duchicela sería el Shiri: mozo arrojado, valiente, ejercitado en la guerra, cuando se llamaba Tiquirumbi. Yo opino por que se cambie la ley de sucesión.

REY.—Esperemos a que llegue la embajada. Os declaro, desde ahora, ser mi voluntad que todo se arregle teniendo en mira la existencia y la seguridad de mi reino de Quito.

ESCENA 5ª

DICHOS.—MENSAJERO (*Con una piel de jaguar en la mano*).

MENSAJERO.—Gran soberano de Quito, nobles Curacas: permitid que os anuncie que una embajada de nobles de Puruhá se encuentra a la entrada de la ciudad.

REY.—Mis amados Curacas, marchad a recibirlos con todo honor. Alojadlos debidamente, y mañana les daré audiencia en mi palacio. (*Al mensajero*). Y tú, mensajero, ¿por qué llevas esa piel de jaguar en la mano?

MENSAJERO.—El jíbaro Tiquirumbi, que se halla preso, en el momento en que iba a ser ejecutado, hoy en la plaza, me dió el encargo de dar su última despedida a la princesa Toa, y entregarle esta piel de jaguar.

REY.—(*Conmovido*). Yo la recibo, y yo mismo, con mis manos, extenderé esta hermosa piel delante del lecho de Toa. (*Los Curacas quieren salir*).

ESCENA 6ª

EL REY.—CARANQUI, OTAVALO, TACUNGA, PÍNTAG.
UN OFICIAL DEL EJÉRCITO.—CAMARERAS.

(Estando para retirarse los Curacas y el mensajero, se oyen gritos y muera en el exterior, que lanza una muchedumbre de pueblo).

PUEBLO.—Muera! . . . muera Tiquirumbi! Su cabeza!
su cabeza pide el pueblo! . . . Abajo Duchicela!
Condorazo! . . . los embajadores! . . . todos son traicioneros . . . todos enemigos . . . que se les encierre en una prisión a los enviados del rey de Puruhá! . . . La cabeza, la cabeza de Tiquirumbi pide el pueblo
(Quedan todos suspensos y alarmados un momento).

REY.—Píntag, ¿qué alboroto es ese? ¿qué ocurre en la ciudad?

PÍNTAG.—Me extraña, gran Señor, este repentino cambio del pueblo: todo estaba en paz y tranquilo cuando vine al palacio.

UN OFICIAL.—*(Entrando besa la mano y el pie del rey).* General Píntag, es urgente vuestra presencia en la plaza. Un grupo de gente plebeya, al grito de «muera Tiquirumbi!» trata de penetrar en la cárcel a apoderarse de aquel preso; la guardia se sostiene con vigor.

PÍNTAG.—¿Qué es lo que pasa por fuera? ¿quién causa este desorden?

REY.—En el momento mismo en que llegan a Quito los embajadores de Condorazo! Esto es insoportable!

PÍNTAG.—¿Se ha averiguado quién es el autor de este motín inesperado?

OFICIAL.—Sí, señor: es Chumbo, quien a fuerza de dádivas y falsas noticias ha sublevado un grupo de plebeyos inconscientes para pedir la cabeza del jibaro Tiquirumbi y frustrar la misión de los embajadores. *(Dos camareras salen azoradas de la recámara de Toa).*

UNA CAMARERA.—*(Al rey).* Soberano Señor: la princesa Toa, al oír los gritos de la muchedumbre que pide la cabeza de Tiquirumbi, ha caído con un síncope en su lecho, como herida por un rayo.

OFICIAL.—Los embajadores de Condorazo os piden audiencia hoy mismo. En este momento hállanse aquí a las puertas del palacio; empeñanse en hablar con vuestra Majestad, pues saben que se trata de victimar en la

cárcel a Tiquirumbi, que dicen ser Duchicela, hijo del rey de Puruhá; quieren salvarle de la muerte. Guardados con fuerte escolta los he hecho atravesar la ciudad y llegar hasta el palacio, en medio de los insultos y amenazas de la turba sobornada por Chumbo.

REY.—(*Encolerizado, se pone de pie*).—Por los manes de Carán-Shiri! ésto es intolerable!

OTAVALO.—Ciertamente: (*Caranqui guarda silencio*). Este es un juego inicuo de Chumbo, pretendiente burlado de Toa, y de sus amigos de la Corte que favorecen sus intentos.

TACUNGA.—Un ultraje sangriento a la embajada de Condo-razo.

REY.—Un golpe de muerte para mi hija, la princesa Toa. (*A Píntag*).—Píntag, marcha al instante, toma preso a Chumbo, enciérrale en un calabozo; dispersa a flechazos esa turba inconsciente que grita por las calles y defiende la persona de Tiquirumbi con doble guardia.

PÍNTAG.—Voy al punto, Señor.

REY.—(*A Caranqui, Otavalo y Tacunga*). Vosotros, mis fieles Curacas, introducid a los embajadores; estoy dispuesto a escucharlos en este momento. (*A las camareras*). Cuidad vosotras de la salud de la princesa, y que se tranquilice. (*Salen todos, solo quedan guardias*). (*El rey se entra a su recámara en donde los camareros arreglan su persona con los mejores atavíos, para recibir la embajada. Manto de púrpura, recamado de oro; el llanto de oro, con la esmeralda de los Shiris en la frente; cetro de oro en la mano; un leopardo domesticado, junto al rey; ocho arqueros en actitud de disparar al aire las flechas, guardando el trono. Suenan afuera caracoles anunciando la embajada, y el murmullo de la muchedumbre curiosa. Los embajadores vienen presididos por el Curaca Licán, de Puruhá, y acompañados de pajes, llevando presentes. El rey sentado en el trono.*)

ESCENA 7ª

REY. — CARANQUI, — OTAVALO. — TACUNGA. — LICÁN,
CON TRES NOBLES DE PURUHÁ. — PAJES.

EMBAJADORES. — (*habla Licán*). Salud y toda prosperidad al gran Carán-Shiri, ilustre rey de Quito! (*Hacen tres genuflexiones y se acercan a besar la mano del rey, quien los acoge con una venia general. Los Curacas de Quito les invitan a tomar asiento: toman los primeros asientos los embajadores*).

REY. — Complacido me siento, nobles varones, (*se ponen de pie*) con vuestra presencia. ¿A qué debo el honor de esta visita respetable de emisarios del ilustre Condorazo, rey de Puruhá?

LICÁN. — Magnánimo soberano de un gran reino: glorioso vástago de los Shiris de Carán: la voz de la fama que ha precedido nuestra venida, ya os habrá enterado del objeto de nuestro viaje. El gran Condorazo, rey de Puruhá, sabedor de que su hijo Duchicela, que se encuentra preso en esta ciudad con el nombre de Tiquirumbi, ha ganado el corazón de vuestra hija, la ilustre princesa Toa, os invita a formar una alianza, mediante el enlace matrimonial de los dos príncipes herederos de los dos reinos de Quito y de Puruhá. Si a Vuestra Majestad plugiese acoger esta sincera invitación de Condorazo, dignaos ordenar, primeramente, la libertad inmediata de Duchicela, cuya vida sabemos se halla amenazada, y disponed lo demás como pareciere más conveniente a vuestra sabiduría.

REY. — (*Sentado desde el trono*). Respetables señores embajadores: he meditado este asunto de antemano, sabiendo el objeto con que veníais a Quito; he consultado con mi Consejo de grandes del reino sobre la conveniencia de esta alianza que se me propone, y puedo aseguraros que no puede ser más oportuna para el engrandecimiento de los dos reinos, Quito y Puruhá, Condorazo está ya anciano como yo, y necesita un sucesor. Yo no tengo un hijo varón que me suceda, sino sólo una hija, inteligente, gallarda y de gran corazón, la princesa Toa; espero que el enlace de los dos príncipes hará la felicidad de los dos reinos, que tienen una gloriosa historia. Acepto, pues, la proposición de vuestro soberano. (*Dirigiéndose a Otavalo*).

Ministro Otavalo, os comisiono para que unido con el General Píntag, conduzcáis aquí al príncipe Duchicela, que lleva el nombre de Tiquirumbi. Que junto con él vengan sus compañeros del Pastaza. Tomad asiento nobles señores. (*Salen los dos, se sientan los demás, el rey acaricia el lomo del leopardo, que está a su lado*).

ESCENA 8ª

DICHOS, MENOS OTAVALO Y PÍNTAG.

LICÁN. --Majestad: permitidme expresaros un pensamiento que me inquieta en este momento.

REY. --Dilo con franqueza: yo abrigo también cierta inquietud a causa de este desorden inesperado promovido por gente malévola e interesada.

LICÁN. --Cualquier incidente puede frustrar hoy la alianza proyectada de los dos reinos.

TACUNGA. --No sabemos, en efecto, los sucesos que pueden desarrollarse mañana, por las intrigas de Chumbo (*Mira de sostayo a Caranguí*), quien se opone al matrimonio de Toa con Duchicela; en cuyo caso opino porque se verifique hoy mismo el enlace, en presencia de los embajadores de Puruhá.

EMBAJADORES. --(*Poniéndose todos de pie*). Nosotros os pedimos lo mismo, oh soberano Shiri, si así place a vuestra Alteza.

REY. --Pues que se haga como lo deseáis; las circunstancias son apremiantes. Dad aviso a Toa, que se disponga para pasar al salón a recibir a Duchicela, que llegará luego. Pajes, servid entre tanto, un vaso de refresco a esta respetable comitiva. (*Se sirven vasos al rey y a los demás*).

LICÁN. --Por la ventura del gran Shiri de Quito, y por Condorazo rey de Puruhá.

REY. --Por la felicidad del nuevo Shiri Duchicela, esposo que será luego de la princesa Toa. (*Beben todos*).

ESCENA 9ª

LOS DICHOS. —OTAVALO. —PÍNTAG. —DUCHICELA. —TUNGURA.
BOBONAZA. —GUARDIAS.

(Entran haciendo una profunda reverencia al rey. Los tres jíbaros le besan la mano y el pie. Licán recibe a Duchicela con los brazos abiertos. Duchicela se presenta vestido de príncipe).

LICÁN. —Ven a mis brazos, gloriosa estirpe de Condorazo; yo seré el primero en saludarte como a príncipe heredero del reino de Puruhá.

DUCHICELA. —Tus palabras, respetable Licán, despiertan mi corazón a la esperanza y a la gloria, y me hacen olvidar todo mi pasado infortunio. Gracias! *(A Tungura abrazándole)*. —Tungura, hermano querido: tú me has salvado la vida, y con la vida, has asegurado mi derecho al reino de Puruhá. Tu noble corazón y tu lealtad han triunfado de todo. Mi gratitud será eterna.

REY. —*(Conmovido, a Tungura)*. Valeroso hijo del Pastaza: mi hija la princesa Toa no será menos agradecida para contigo, pues tu diligencia, tu abnegación y constancia, puedo asegurar que han salvado también el reino de Quito. Ven a mis brazos *(Le abraza)*.

TUNGURA. —Oh magnánimo Monarca: mi gozo y mi satisfacción llegan a su colmo, al ver hoy sellada por vuestra propia mano la felicidad de Toa y de Duchicela.

REY. —Que pase Toa al salón.

ESCENA 10ª

LOS DICHOS. —TOA.

(Sale Toa vestida con ricos atavíos, con dos camareras que le llevan la falda. Al presentarse, la hacen todos, de pie, una profunda reverencia, que Toa corresponde con dignidad).

REY. —Ven, hija mía, siéntate a mi lado *(el izquierdo)*. —Duchicela, aquí *(al derecho. Los tres se sientan)*.

LICÁN. —Majestad: cumpliendo con el mandato de mi soberano, el rey de Puruhá, pido, en presencia de esta respetable concurrencia, la mano de la princesa Toa vuestra hija para Duchicela hijo de Condorazo, que se halla presente.

REV.—Hágase como lo desees, ilustre embajador de Puruhá.
Qué dices tú, hija mía, Toa?

TOA.—(*Ruborizándose*).—Padre, tu voluntad es la mía.

DUCHICELA.—(*Al rey*).—Yo me considero feliz al poner mi corazón y mi brazo a los pies de Toa, y poder aun llamaros mi único, mi verdadero padre, a vos, serenísimo Shiri. (*De pie los tres. El rey, tomando con sus dos manos la mano de Toa y la de Duchicela, las enlaza*).

REV.—El Sol y la Luna, nuestras antiguas divinidades, que la nación Shiri adora en las dos colinas sagradas que guarnecen esta ciudad de Quito, consagren y protejan este enlace, que significa la alianza de los Reinos de Quito y de Puruhá.

TODOS.—¡Viva el rey!... (*Música un momento, y calla*).

REV.—(*Dando a Duchicela un leve golpe con el cetro en el hombro*).—Este cetro, simboliza la autoridad que te entrego sobre todo el reino de Quito. (*Despojándose de la esmeralda que tiene en la frente*).— Esta esmeralda (*Coloca en la frente de Duchicela*), te acredita ante las naciones vecinas legítimo sucesor de los soberanos Caran-Shiris, como esposo de la reina Toa. Viva la alianza de los dos reinos!....

TODOS.—Viva el nuevo Shiri Duchicela!..... Viva la reina Toa!..... (*Música un breve momento*).
(*Besa Duchicela la mano del rey, después la mano de Toa: se abrazan los dos en presencia del rey*).

TODOS.—Viva!.....hurra!.....felicidad!.....Viva la alianza!.....

(*Suena la música*).

LA MUCHEDUMBRE, (*afuera*).—Viva a a a!.....

TELON

ACTO QUINTO

El cedro que cae

(En Liribamba, capital del reino de Puruhá. Salón del palacio de Condorazo, magníficamente decorado con armas, banderas, pieles de danta, de oso, de leopardo. Un trono en el fondo con sitial: bajo el sitial un cóndor con las alas abiertas. Asientos lujosos en anfiteatro. Una mesa grande en el centro, adornada con flores, con vasijas y vasos de barro fino. Se oye grande algazara de la fiesta, en la plaza.)

ESCENA 1ª

LICÁN.—GUANO (entrando)

LICÁN.—(Pascando la vista por el salón).—Parece que todo se halla prevenido para la recepción de esta noche en el palacio de Condorazo.

GUANO.—Huacona ¿habrá cumplido ya su comisión?

LICÁN.—Me siento fatigado, mi querido Guano; descansenmos un momento.

GUANO.—Tienes razón, ilustre Licán, descansenmos; quizá llegue presto Huacona para la recepción en el palacio, que debe ser espléndida.

LICÁN.—Las atenciones de casi todo el día a nuestro rey Condorazo y a los embajadores extranjeros, durante los festejos que se han realizado hoy en nuestra plaza de Liribamba, han sido muy cumplidas; pero he quedado algo fatigado. (Se sientan).

GUANO.—Hace treinta soles que se verificó en Quito el matrimonio de Toa con Duchicela.

LICÁN.—Y con tanta pompa y aparato, como no se ha visto antes en la Corte de los Shiris. Como tú lo sabes, yo fui a Quito en calidad de embajador de Condorazo a pedir la mano de Toa para Duchicela.

GUANO.—La fiesta de hoy en Liribamba no será menos, celebrando la alianza de los dos reinos, Quito y Puruhá. Condorazo se halla contento como un niño: piensa que va a ensanchar sus dominios.

LICÁN.—Y ¿cómo no ha de estarlo? De buena se ha librado nuestro anciano monarca; se ha librado de su hijo Duchicela, y con grande honor.

GUANO.—Siempre ha estado seguro de morir reinando.

LICÁN.—¿No sabes el sueño que tuvo cuando nació Duchicela?

GUANO.—Sí lo sé, y toda la historia de Tiquirumbi, que resultó Duchicela; mas yo no creo en sueños.

LICÁN.—Ha salido, ciertamente, fallido aquel sueño. Duchicela se quedará en Quito.

GUANO.—La princesa quiteña ha pescado un guapo mozo, muy gallardo y valiente para la guerra.

LICÁN.—Condorazo le ha cojido en el anzuelo al Gran Shiri de Quito.

GUANO.—Yo creo lo contrario, que el cogido es el rey de Puruhá.

LICÁN.—Son dos viejos zorros; ¿cuál sale ganando?

GUANO.—Hum! . . . hum! Se me ha metido entre ceja y ceja, que con este matrimonio hállase más próximo Condorazo a perder su reino de Puruhá.

LICÁN.—Cosas tuyas; te equivocas,

GUANO.—Ya lo veremos.

LICÁN.—Condorazo está tranquilo, y se ha propuesto celebrar hoy con gran pompa el matrimonio de Duchicela. Darán mucho realce a la fiesta las embajadas que han venido a felicitarle de los Huancavilcas, de los Cañaris, de los Caras de Manabí y de los Pastazas.

GUANO.—Que se divierta mucho; pero que el gozo no se le vaya al pozo.

ESCENA 2ª

LICÁN.—GUANO.—HUACONA

LICÁN.—En buena hora llegas, mi querido Curaca Huacona: ¿has cumplido tu comisión?

HUACONA.—Sí, noble Licán; la frontera de Puruhá está tranquila, al parecer; mas corren rumores secretos de que amenaza una invasión de Duchicela al reino de Puruhá.

LICÁN.—¿Qué dicen los Curacas, Mocha y Pansaleo? ¿qué opinan acerca de estos rumores?

GUANO.—¿Han llegado ya a Liribamba a tomar parte en la fiesta de Condorazo?

HUACONA.—Llegaron ya, y después de saludar al rey en la plaza, vendrán aquí luego a tratar asuntos de gran interés.

GUANO.—Muy bien. La fiesta de hoy va resultando grandiosa.

LICÁN.—Tenemos huéspedes distinguidos. La Corte de Puruhá debe presentarse con brillo esta noche a los ojos de los extranjeros.

HUACONA.—Desde luego, están alojados convenientemente. Entre los venidos debemos incluir al General quiteño Chimpo, que trae la representación del Shiri de Quito.

LOS DOS.—(*Como sorprendidos*).—Chimpo!... ¿ha venido Chimpo?

LICÁN.—¿Lo aseguras? (*De pie los tres*).

HUACONA.—Está alojado con los demás huéspedes en la ciudad. Chimpo no me inspira confianza.

GUANO.—A mí tampoco; hasta llego a creer que su venida es peligrosa. ¿Qué sabes tú, Huacona?

HUACONA.—Pues, atemos cabos. A mi ver, se conspira ocultamente contra nuestro viejo rey Condorazo.

LICÁN.—Explicáte, que me asustan tus palabras.

HUACONA.—Dicen que la reina Toa es muy ambiciosa, y que desea con Duchicela apoderarse cuanto antes del reino de Puruhá. Duchicela, por su parte, guarda profundo resentimiento, que raya en venganza, contra su padre nuestro anciano monarca, por haberlo abandonado cuando niño en la selva del Pastaza.

GUANO.—Yo he sabido algo más. Que Toa mandó en días pasados al Gral. Chimpo con una misión secreta, a recorrer todas las tribus de Puruhá. Esto es algo serio.

HUACONA.—¿Qué se propone la reina Shiri?

LICÁN.—Ciertamente, Chimpo estuvo también en mi palacio de Macají, en días pasados, y su visita extemporánea entrañaba, no hay duda, algún designio de consecuencias.

HUACONA.—¿De qué asuntos trató? Quisiéramos conocer el objeto de aquella visita. (*Se sientan los tres*).

LICÁN.—Hablóme largamente de muchas cosas antiguas, ya sabidas por mí, que no venían al caso. De Manco-Cápac, que fundó el imperio del Cuzco y se preciaba de ser hijo del Sol; mas resultó que era descendiente de un quiteño, que se llamó Quitumbe, fundador del primitivo Señorío de Quito. Que sus parientes de Quito fueron al Cuzco a ayudarle en la conquista del Titicaca, y como esos parientes sabían el secreto acerca del origen del Inca, los hizo matar porque no se

descubriese su verdadero origen, a fin de conservar en el Titicaca el prestigio de ser hijo del Sol. (1)

GUANO.— Ya lo sabemos, que los Shiris y los Incas tienen un origen común; que «*las razas quiteñas fueron a poblar el Cuzco y que ellas llevaron el idioma quichua a esa región.*» (2)

HUACONA.—Y ¿qué más refirió Chimpo? estoy curioso por saber el término de aquella extemporánea visita.

LICÁN.— Recordóme otras historias ya sabidas. Su expedición en años pasados al Cuzco, con tropas de Quito, cuando fue Chimpo a vengar el ultraje hecho a la joven quiteña Chelleca por el Inca Quisphe-Yupanqui, séptimo sucesor de Manco-Capac. Hablóme del fracaso que sufrió el ejército quiteño en el Cuzco, y como vióse Chimpo obligado a volverse a Quito y sepultarse en la gran selva, detrás del Chimborazo, con toda su familia. (3) De ese retiro salió últimamente para ir a asistir, según dice, al matrimonio de Duchicela, en Quito, y entrar al servicio del nuevo Shiri.

HUACONA.—Y ¿qué se proponía Chimpo con esta conversación? ¿disimular tal vez el verdadero objeto de su viaje a Puruhá? No te habló acerca del nuevo Shiri Duchicela?

LICÁN.—Oh, sí: ponderó la grandeza de los Shiris, la inteligencia de la reina Toa y el valor de Duchicela. Por último, hizo hincapié en que Condorazo se halla muy anciano y débil para gobernar con acierto el reino de Puruhá.

GUANO.—Señor! ahí está la clave del enigma y de la visita de Chimpo a los vasallos de Condorazo. Deseo que vengan pronto los Curacas Mocha y Pansaleo, para que nos aclaren estos asuntos.

HUACONA.—¿Quién sabe si también ellos están en la encartada, con Chimpo? . . .

LICÁN.—Y ¿porqué lo crees así?

HUACONA.—(*Estirando los brazos y mirando por todos lados.*)
—Porque . . . porque . . . ellos participan de la misma idea de Chimpo, esto es, que Condorazo está ya muy anciano.

GUANO.—Conque ¿así van las cosas? y qué más?

(1) P. Oliva.—Tradiciones cuzqueñas.

(2) Santacruz, arqueólogo chileno.

(3) P. Oliva.—Tradiciones cuzqueñas.

HUACONA.—Esos dos Curacas de la frontera de Quito, desean que se verifique cuanto antes la unión de los dos reinos, y que Duchicela tome las riendas de Puruhá.

LICÁN.—Medrados estamos! qué es lo que oigo!

GUANO.—Según ésto, podemos creer que el trono del rey Condorazo está bamboleando en el aire!

(Interrompen el diálogo dos camareros que entran de prisa, llevando canastos de flores y yerbas aromáticas).

ESCENA 3ª

LOS DICHOS.—DOS PAJES.

LICÁN.—¿Ha terminado ya la fiesta de la plaza?

PAJE 1º.—Sí, noble señor.

LICÁN.—Vámonos *(a los Curacas)* a acompañar al rey y a las embajadas que luego vendrán al palacio. *(A los pajes).*

—Concluid el arreglo del trono. *(Salen. Los pajes adornando con flores el trono, y, cubriendo el pavimento del salón con yerbas aromáticas).*

PAJE 1º.—¡Qué hermosa ha estado hoy la fiesta en la plaza de Liribamba!, ¿verdad?

PAJE 2º.—Esas entradas de las diversas tribus, por las cuatro esquinas, danzando y cantando!

PAJE 1º.—La partida de yumbos, con sus vistosos plumajes, llevando monos, loros y papagayos, estuvo muy bonita.

2º.—Y ¿la entrada de fieras y otros animales?

1º.—Tienes razón: osos, jaguares, leopardos, llamas, venados, caríquinguis. ¡Qué disfraces tan apropiados! qué bailes! qué gritería! qué algazara!

2º.—Había que ver ese grupo de doncellas de la nobleza de Puruhá, que ofrecieron ramos de flores escogidos a nuestro viejo Condorazo y a los Embajadores.

1º.—La plaza toda estuvo cubierta de yerbas aromáticas.

2º.—Y las músicas, a cual más raras, caramba! ¿Oste esos instrumentos raros traídos por los Cañaris? los rancos caracoles de Puná? el tundulí de los jíbaros? las bocinas, los rondadores y flautas de los pastores del Chimborazo?

1º.—Y ese lujo de los embajadores!

2º.—Ciertamente; era de abrir la boca, al mirar los bastones chapeados de oro de los Cañaris, las pecheras cuajadas de perlas de los Huancavilcas, las esmeraldas que ostentaban los Caras en sus llantos! . . . y el turbante de plumas que llevaba el jíbaro Tungura, Undacapito del Pastaza!

- 1º.—Ese tal Tungura es el que ha salvado a Duchicela, con sus averiguaciones y revelaciones.
- 2º.—¿Qué te parece el escape que tuvo Duchicela de morir ahorcado en Quito? Ahora es Shiri, rey de Quito! ¡Qué cosas las de la suerte!
- 1º.—Caprichos de la fortuna.
- 2º.—Y luego, será también rey de Puruhá, eh!!!
- 1º.—¿Qué has oído? (*Encarándose con el paje 2º*).
- 2º.—Que las tribus de Puruhá están ya cansadas del gobierno de Condorazo, quien se halla muy anciano: talvez no está muy lejos un cambio total en el gobierno de Puruhá.
- 1º.—Hasta llega a decirse que el General quiteño Chimpo tiene preparado el terreno para un golpe de Estado, y que la reina Toa precipita los acontecimientos.
- 2º.—Callemos. . . ya vienen (*Se oye música y aclamaciones a Condorazo, a Duchicela, a Toa, a los Embajadores*).
- 1º.—Hemos concluido, vámonos. ¡Qué lindo está el salón! (*Se retiran*).

ESCENA 4ª

(*Entra Condorazo apoyado en un bastón, con una como tiara en la cabeza, acompañado de los nobles de Puruhá y de los Embajadores de Cañar, de Puná, de los Caras de Manabí, del Jefe del Pastaza y del General Chimpo. Toman todos asiento con solemnidad. Afuera se oyen vivas, música y tamboriles, y el gran tunduli del Pastaza*).

CONDORAZO.—(*Desde el trono: todos de pie*).—Guardias, que calle la música. Nobles señores, a quienes tengo el honor de recibir en mi palacio de Liribambi: Ilustres representantes de Cañar, de Puná, de Caráquez y del Pastaza, amigos todos de Puruhá; General Chimpo, ilustre representante del gran Shiri de Quito; amados Curacas de Licán, Guano, Mocha, Pausaleo y Huacóna: agradezco con toda mi alma esta felicitación por el matrimonio realizado en Quito, de mi hijo Duchicela con la princesa Toa, hija del gran Carán-Shiri. No puede ser más justo el regocijo de mi Corte y de todo el reino de Puruhá. Yo estoy anciano; mi vida se ha envejecido en los combates, pero actualmente tengo paz con las naciones vecinas. Quiero pasar tranquilo en mi trono los últimos días de mi existen-

cia. Después de mis días, Duchicela será mi único heredero: su valor, su inteligencia, mantendrán siempre con gloria el trono de Puruhá. Hoy es un día de felicidad para mí, al celebrar con vosotros el matrimonio de mi hijo con la bella princesa Toa. Hago votos por su felicidad.

TODOS.—Salud a vos, noble Condorazo (*Aplausos*).

CONDORAZO.—Antes de que pasemos a la sala del banquete, camareros, servid a esta respetable asamblea que honra mi palacio, vasos rebosantes de aquel exquisito licor que alegra la vida y nos brinda un sueño reparador. (*Toman todos asiento, después de una reverencia al rey: se sirven vasos de chontaruru*).

REY.—Os pido, nobles varones, que alcemos este vaso por el gran Shiri de Quito, por su heredera la reina Toa y, si os place, por mi hijo el nuevo Shiri Duchicela. (*Un grupo de niñas arroja flores al trono*).

TODOS.—(*De pie*). Y por Condorazo, ilustre rey de Puruhá (*rompe la música*).

(*En este momento penetra volando un murciélago al salón y va a prenderse en el sitial del trono*).

CONDORAZO.—(*Asustado*). ¿Qué es ésto? mirad ese avechicho repugnante!

TODOS.—Qué feo! qué intruso! qué quiere?

CONDORAZO.—Esto es horrible...! ¿qué me va a suceder?

UN CURACA.—Esto es terrible!

OTRO CURACA.—Mal agüero tenemos.

OTRO.—Llamad a los adivinos.

OTRO.—Que nos expliquen el misterio.

OTRO.—Calle la música.

(*Unos retiran los vasos, otros salen hasta la puerta y vuelven: hay confusión*).

REY.—Que entren, que vengan al punto los adivinos: no sé lo que me pasa: padre Chimborazo, protege a tu hijo.

ESCENA 5ª

DICHOS.—DOS ADIVINOS.

REY.—Venid, sabios vasallos míos, aclarad el misterio. ¿Qué males nos anuncia aquel animal de mal agüero? Miradlo, prendido allí, al sitial del trono! ¿es acaso una amenaza para mi reino?

- 1er. ADIVINO.—Poderoso Señor: os rogamos que nos deis plazo de un día para explicar el enigma: Serenaos, por ahora: vuestro trono, oh Rey ilustre de Puruhá, es inconvencible como el Chimborazo.
- 2º ADIVINO.—Esta noche ofreceremos a nuestro Dios Chimborazo el sacrificio de una virgen de la nobleza, en la Cueva del Cóndor, al pie de las nieves: examinaremos con atención las entrañas de la doncella y mañana al amanecer, vendremos a declararlo todo y tranquilizar tu pecho.

ESCENA 6ª

DICHOS.—UN MENSAJERO.

MENSAJERO.—(*Reverencia*). Soberano rey de Puruhá: fatigado llevo desde Pansaleo.

CONDORAZO.—¿Qué nueva me traes? habla luégo.

MENSAJERO.—Un ejército de Quito, con Duchicela a la cabeza, invade vuestros dominios!

REY.—Maldición!... Si habrá llegado la hora fatal de perder mi trono de Puruhá! Juro por Iguanchi, que me defenderé!... (*Agitado recorre el salón*).—Curacas, a las armas! Vamos a combatir a ese hijo pérfido, Duchicela.

CURACAS.—Estamos listos, oh gran Señor: vamos al punto a reunir las tropas y salir a la campaña, si es que el invasor nos da tiempo. Nos han sorprendido.

EMBAJADORES.—Permitid, Señor, que nos retiremos; este incidente inesperado nos llena de pesar. (*Salen haciendo cada uno una venia al rey: sólo quedan Tungura, guardias y camareros*).

ESCENA 7ª

REY.—TUNGURA,---GUARDIAS Y CAMAREROS

TUNGURA.—Señor, si puedo servirlos en algo?

REY.—Tungura, maldito!... Tú salvaste a Duchicela; no te lo perdono.

TUNGURA.—Quizá pueda también salvaros a vos. Soy noble y leal, heredero del gran Agoyán, soberano del Pastaza, vuestro aliado y amigo, que crió y educó a Duchicela tu hijo, al cual abandonaste en la selva.

REY.—Sostenedme, camareros, que siento un vértigo.

TUNGURA.—Serenaos, Señor: Duchicela es tu hijo y tu heredero.

REY.—Maldición para él! Dadme mi arco y mis flechas. (*A los camareros*). Mi lanza invencible! mi lanza! Así anciano, iré a castigar su felonía.

ESCENA 8ª

DICHOS.—OTRO MENSAJERO.

MENSAJERO.—(*Los brazos levantados*).—Señor: todas las tribus de Puruhá aclaman a Duchicela como a su soberano; parece que todo se hallaba preparado para un pronunciamiento.

REY.—Mi sueño! mi sueño! se ha cumplido. ¿Por qué no lo degollé a Duchicela, cuando nació!

TUNGURA.—Señor, temed el resentimiento de vuestro hijo, que abandonaste.

REY.—La nodriza Runtu me ha traicionado, revelando mi nombre.

TUNGURA.—Señor, es el destino, es la fatalidad que pesa sobre vos, venerable anciano, monarca de Puruhá.

REY.—Y ¿qué se propone Duchicela?

TUNGURA.—Sepultaros talvez en un calabozo, si os empeñáis en conservar el trono.

REY.—Infame! estoy perdido!

TUNGURA.—Huíd, oh rey desgraciado de Puruhá.

REY.—Huír yo? . . . Quiero morir disparando mi último dardo al corazón del usurpador.

TUNGURA.—Sed prudente, Señor; sois ya anciano.

REY.—Soy el viejo jaguar del Chimborazo: yo moriré, pero desgarrando las entrañas de Duchicela.

ESCENA 9ª

DICHOS.—OTRO MENSAJERO.

MENSAJERO.—Señor: el ejército quiteño se halla muy cerca: atraviesa en este momento la falda del Chimborazo, y avanza como un huracán.

TUNGURA.—Os ruego, gran Señor, tomad algún partido; evitad una desgracia. Dejad el trono a vuestro hijo, que es vuestro heredero: huíd.

REY.—¿A dónde?

TUNGURA.—A las selvas del Pastaza, a mis dominios. Allí os guardaré con respeto, seré como vuestro hijo, os serviré como si fuerais mi padre.

REY.—Tienes un corazón noble, como tu padre Agoyán.

MENSAJERO.—Apresuraos, Señor, las tropas habrán pasado ya el río de Calpi.

TUNGURA.—Fiaos de mí, Señor; marchemos; yo cuidaré de vuestra persona.

REY.—Vámonos, conducidme: guardias, camareros, venid conmigo. ¿A dónde vamos?

TUNGURA.—A la selva del Llusín, o del Avitagua, o del Bobonaza, elegid.

REY.—Al Cullanis! allá, a la cordillera! Allá iré a morir, mirando desde la altura. (*Solloza*) mi reino de Puruhá.

ESCENA 10ª

DICHOS.—GENERAL CHIMPO.

(*Entra precipitadamente el General Chimpo*).

CHIMPO.—Soberano de Puruhá, ilustre Condorazo: traigo para vos un mensaje de paz y concordia del Shiri Duchicela, vuestro hijo, que se halla a las puertas de Liribamba.

CONDORAZO.—¿Y qué es lo que pretende ese infame?

CHIMPO.—Que no huyáis a ninguna parte; que él olvida su justo resentimiento, por haberle abandonado cuando niño en la selva del Pastaza; que os quedéis en vuestro palacio de Liribamba, en donde viviréis honrado y respetado, pero que ceséis en vuestro empeño de continuar reinando en Puruhá. Vuestra edad anciana exige que ya descanséis de las fatigas y azares del gobierno. No huyáis, Señor, aceptad el ofrecimiento generoso de vuestro hijo Duchicela.

CONDORAZO.—Yo, renunciar el reino de Puruhá? . . . aceptar los favores de un enemigo? sufrir la afrenta de verme destronado? . . . No me habléis más de esta humillación: General Chimpo, decid a ese traidor, que prefiero ir a despeñarme vivo en las rocas calcinadas del Cullanis.—Tungura, vámonos.

TUNGURA.—Marchemos, Señor; permitid que os ofrezca mi brazo, ya que os empeñáis en retiraros.

REY.—Eres muy noble; gracias! Llévame a las rocas calcinadas del Cullanis: en sus oscuros antros iré a sepul-

tar mi vejez y mi infortunio. Que el nombre de Condorazo, como una fábula, como una ironía de la suerte, como un fúnebre epitafio, quede grabado para siempre en los oscuros flancos de la solitaria montaña. (Salen. Suenan a lo lejos gritos, tambores, caracoles, vivas a Duchicela y a la reina Toa, que vienen acercándose).

CUADRO FINAL

ESCENA 1ª

DUCHICELA.—TOA.—GÉNERAL CHIMPO.—CARANQUI.—OTAVALO.
TACUNGA.—PÍNTAG.—CORO DE NIÑAS.

(Series de soldados, armados de lanzas, guaicopas y flechas, desfilan por el proscenio, entre el ruido de tambores, bocinas, caracoles, pífanos, lanzando hurras y vivas a los nuevos soberanos y a la unión de los dos reinos, Quito y Puruhá. (Los mismos soldados pueden dar algunas vueltas por tras del proscenio).— Sigue una guardia de ocho arqueros, que toman sitio custodiando el trono, teniendo los arcos en actitud de disparar a lo alto.— Un coro de niñas entra cantando una estrofa de felicitación, llevando coronas de flores en las manos, y forman alas delante del trono. Pintag entra llevando un hermoso pabellón color esmeralda, con un Pichincha bordado de plata, rodeado de estrellas, símbolo del reino de Quito.— Tacunga entra con otro pabellón lacre, en el que se ven bordados de oro un Chimborazo con un cóndor en la cima: símbolo del reino de Puruhá. Los dos abanderados se colocan a los dos lados del trono, en el cual hay dos asientos bajo un dosel de púrpura con borlones y flecadura de oro.— Luego entran de brazo los dos reyes Duchicela y Toa, precedidos de los Curacas Caranqui, Otavalo y Gral. Chimpo, y ocupan los dos asientos del trono: niñas que hacen de camareras llevan la falda de la reina.— Entre tanto suena la música, caracoles, tambores y aclamaciones del pueblo, que está en la puerta).



Duchicela y Toa

realizan la unión de Quito con Puruhá
mediante su matrimonio.

[Tragedia *Condorazo*]

CORO DE NIÑAS. — (*Entrando*).

Que vivan los reyes
de Quito y Puruhá;
el Sol les alumbrá
con rayos de amor.
Viva el heredero
del rey Condorazo,
y el Dios Chimborazo
proteja a los dos.

CHIMPO. — (*Colocándose frente al trono, hace profunda reverencia*). Salud, felicidad, gloria, a la ilustre descendencia de los Carán-Shiris y del rey Condorazo!

TODOS. — ¡Vivaaan nuestros soberanos! vivaaan!

CHIMPO. — Salud a la reina Toa y al rey Duchicela, que se presentan hoy en el trono de Puruhá como dos luminosas estrellas en el firmamento!

TODOS. — ¡Vivaaan!

CHIMPO. — Serenísimo rey Duchicela: ante todo debo daros cuenta del resultado del mensaje que me encomendasteis para vuestro anciano padre, el rey Condorazo.

REY. — Sí, sí: ¿cuál fué la contestación de mi padre? ¿aceptó la proposición?

CHIMPO. — De ningún modo, sino que la rechazó con toda la altivez de su carácter.

REY. — Este asunto está concluído. Hoy es el día más grande de los dos reinos; debe celebrarse con todo el esplendor posible.

TODOS. — ¡Viva la alianza! ¡Vivaaa!

REY. — Que se invite a los Embajadores de Cañar, de los Huancavilcas, Caras y Pastazas, que se encuentran en Liribamba, a venir a tomar parte en esta grandiosa solemnidad. Juzgo que no rehusarán felicitarme por mi matrimonio con la reina Toa.

OTAVALO. — No puede ser.

TACUNGA. — Sería tamaña inconsecuencia.

PÍNTAG. — Son nobles y neutrales los Embajadores.

CARANQUI. — Majestad: tengo noticia de que van a venir ellos mismos espontáneamente, a tomar parte en la fiesta.

TODOS. — Muy bien! . . . lo esperábamos! . . .



ESCENA 2ª

LOS DICHOS.—UN MENSAJERO.—EMBAJADORES.

MENSAJERO.—(*Después de besar los pies a los dos reyes*).—
Majestades: grato me es anunciaros, que los ilustres Embajadores extranjeros que se encuentran en Liribamba, os piden permiso para entrar.

REY.—Bien venidos sean los Embajadores!

CURACAS.—Bien venidos sean!

REY.—(*A los Curacas*). Salid a recibirlos, con todo honor. (*Entran los Embajadores y colocados de pie delante del trono, hacen una profunda reverencia. El pueblo aclama con vivas a los extranjeros*).

CAÑAR.—Esclarecidos Monarcas de Quito y de Puruhá: Desde nuestros lejanos países hemos venido a Liribamba, con el objeto de felicitar al rey Condorazo por el matrimonio de su hijo Duchicela con la princesa Toa, matrimonio que pone el sello a la alianza de los dos reinos, Quito y Puruhá. Nuestra misión no ha cambiado de carácter por el incidente que deploramos, ocurrido con vuestro ilustre padre, el rey Condorazo. Así, pues, cumpliendo con aquella grata misión, permitidnos felicitaros por vuestro real matrimonio, en nuestro propio nombre y en el de las naciones de Cañar, de los Huancavilcas, de los Caras de Manabí y de los Pastazas que nos han enviado.

REY.—Con vivo entusiasmo y reconocimiento aceptamos los reyes de Quito y de Puruhá este gratísimo mensaje, que interpreta los sentimientos de amistad sincera de las nobles naciones que os envían. Decid a esos ilustres pueblos, que los soberanos de Quito y de Puruhá pondrán todo empeño en conservar y fortificar los lazos de amistad que los unen con las naciones limítrofes, para la común prosperidad y progreso.

REINA.—Nobles Embajadores: una hija de los Shiris de Carán, que fundaron el reino de Quito, saluda en vuestras personas a las ilustres naciones que os envían. El expresivo mensaje que habéis traído a la Corte de Condorazo es muy grato para mi corazón. Mi matrimonio feliz con Duchicela, ha venido a consagrar y unir los dos corazones en uno solo y a rodear de nuevo y grandioso esplendor a las dos gloriosas monarquías de Quito y Puruhá. Os pido, en retorno, que llevéis a esos pueblos ilustres el particular voto de mi agradecimiento.

ESCENA 3ª

LOS DICHS.—UN GUARDIA.—CURACAS DE PURUHÁ: LICÁN,
GUANO, HUACONA, MOCHA Y PANSALEO.

GUARDIA.—(*Entrando con cierta admiración*). Excelsos soberanos de Puruhá: los nobles Curacas de este reino: Licán, Guano, Huacona, Mocha y Pansaleo, os piden permiso para asociarse a esta ceremonia y rendir la obediencia al ilustre heredero de Condorazo y a su real consorte, la reina Toa.

REY.—Que entren, con todo mi beneplácito y satisfacción.
(*Entran, besan los pies y las manos de los reyes y se colocan de pies delante del trono*).

PUEBLO.—Viva el rey! viva la reina! vivan los Curacas de Puruhá!.....

LICÁN.—(*En nombre de todos los Curacas*).—Serenísimos Monarcas de Quito y de Puruhá: Los acontecimientos que vienen desarrollándose, nos manifiestan claramente que nuestro padre y Dios Chimborazo quiere que Duchicela, heredero legítimo de Condorazo, tome ya posesión del reino de Puruhá.

REY.—Nobles Curacas de Puruhá; yo ya esperaba este acto de sumisión y obediencia de mis nuevos vasallos. Os presento a la reina de Quito, de Puruhá y de mi corazón.

(*Los Curacas, en las aclamaciones que siguen, levantan en alto las manos cuando hablan, y al terminar, las ponen nu instante sobre la cabeza*).

CURACAS.—Viva Duchicela! Viva la reina Toa!

REINA.—Estoy muy complacida por esta manifestación. Hija del Pichincha, siéntome orgullosa al recibir los homenajes de los hijos del Chimborazo.

HUACONA.—Conocemos, oh gran Príncipe Duchicela, la historia de tus infortunios.

GUANO.—Sabemos cuál es tu valor en la caza y en la guerra.

PANSALEO.—Persuadidos estamos de que conservarás con gloria los tronos de Quito y de Puruhá.

REY.—Yo pondré todo empeño por ser digno sucesor de los Shiris y de Condorazo.

HUACONA.—Esta feliz alianza hará de los dos reinos un poderoso Estado, digno émulo y competidor con el gran Imperio de los Incas del Cuzco, sucesores de Manco-Cápac.

MOCHA.—Después de la gloriosa dinastía de los Carán-Shiris, hoy comienza la de los Duchicelas! Viva la reina Toa!

PANSALEO.—Ilustre princesa: la sangre de once Shiris corre por vuestras venas.

REINA.—Mi gloria se engrandece al verme esposa del valeroso Duchicela. En esta ocasión solemne, pido un aplauso para el anciano Condórazo.

REY.—Quiero un aplauso para el gran Carán-Shiri de Quito.

TODOS.—Vivaaa!

(Los Curacas se acercan a besar los pies y las manos de los dos reyes. El pueblo afuera hace grande algazara. — Se entrelazan las dos banderas en el centro del proscenio. Los reyes se ponen de pies y aplauden con las manos, llenos de entusiasmo. Las niñas arrojan flores a los soberanos, a los embajadores, a los Curacas y abanderados, cantando la estrofa del principio. Los arqueros dan tres vueltas en el proscenio. El pueblo en la plaza lanza gritos y aplausos.)

TELON.

Juan Félix Proaño

Deán de Riobamba.



a abundan bellezas de primer orden. Con el muy antiguo de *Ollantay*, serán estos dos dramas despertadores del arte teatral en la América Española sobre sucesos nacionales, que tanto ennoblecen su historia.»

El sabio americanista Dr. P. Rivet, autor de «*Ethnologic Ancienne de l'Equateur*», actual Secretario de la «Sociedad de Americanistas de París.»—En carta dirigida al autor de *Quizquiz*, con fecha 14 de Octubre de 1920:

«Muy respetado Sr. Dr.:—Con verdadero gusto e interés, recibí su carta y su interesante drama étnico—histórico *Quizquiz*. Yo he leído con un gran placer esta linda evocación de la sangrienta lucha de los indios contra los conquistadores, y permítame felicitar a Ud. muy sinceramente por la linda forma literaria que ha sabido dar a ese episodio final de la vida nacional indígena».....«Si he consagrado mi vida al pasado de América en general, siempre guardo un cariño especial para el Ecuador, y Riobamba, la primera ciudad que conocí en la altiplanicie y donde residí algunos meses.»

La «Revista Católica», de Cuenca, del 15 de Mayo de 1920.

«El fondo de la tragedia *Quizquiz* es de todo en todo americano, incásico, quiteño; el interés dramático en esta pieza se identifica con el interés histórico, y sea cual fuese el expectador, europeo o americano, le será imposible permanecer indiferente. Este drama nos parece los tañidos de campana de la agonía del glorioso imperio de los Incas: el golpe fatal que parte el corazón del héroe quiteño, no tanto es la muerte del más aguerrido adalid americano, cuanto el desastre de una raza, como lo dice el autor en la portada. Las escenas aun meramente leídas, apasionan, las hay capaces de arrancar lágrimas. *Quizquiz* despertará en quienes lo lean, decidido empeño de estudiar la enredadísima cuanto maravillosa historia de la conquista española en el inmenso y poderoso imperio del Perú..... Para terminar estas líneas, haremos notar, cuánto le sirvieron al escritor los estudios arqueológicos. ¡Qué filón tan rico se abre para el arte nacional, con trabajos de esta índole! Al unir nuestros aplausos a los de los entendidos, cumplimos gustosos con un deber de justicia.»

«El Observador», dando cuenta, en su edición del 23 de Noviembre de 1920, de la representación de *Quizquiz* en el teatro Maldonado, como número distinguido de la lista de

11 de Noviembre, centenario de la independencia de Riobamba.

«Número final del Programa general de festejos, la representación de la tragedia incaica *Quizquiz*, escrita por el R. Sr. Dr. Juan Félix Proaño atrajo una enorme y selecta concurrencia que llenó el teatro la noche del doce de Noviembre. —El Cuadro de Declamación del Conservatorio Nacional de Quito, que dirige el notable Maestro Traversari, puso en escena la referida tragedia, siendo de notarse que para satisfacer el enorme aparato que exigía la obra, las decoraciones y la *mise en scene* exhibidos, demostraban el interés que se había puesto de parte del supradicho Cuadro para el éxito de la representación. Para apreciar la bondad de un drama histórico que reproduce una época oscura y por lo general poco conocida de nuestra historia, era preciso alejarse, espiritualmente, de la escena moderna, para penetrar, retrocediendo cinco siglos, en la casa de los aborígenes, en los precisos instantes en que se cernía sobre ella la tempestad de la invasión extranjera. El Dr. Proaño, según nuestro modesto criterio, logró, sin embargo, reunir en su obra el interés dramático y la más pura verdad histórica. . . . Reciba el autor de *Quizquiz* nuestro fervoroso aplauso por el éxito de la obra.»

La tragedia *Quizquiz* ha sido representada siete veces, hasta la fecha, en distintas provincias, con entusiasmo verdaderamente popular y con éxito satisfactorio: en las ciudades Riobamba y Loja, y en los Cantones Cañar, Gualaquero, Cotacachi, San José de Chimbo y Santiago de Bolívar.

